BOLSILIBROS BRUGUERA

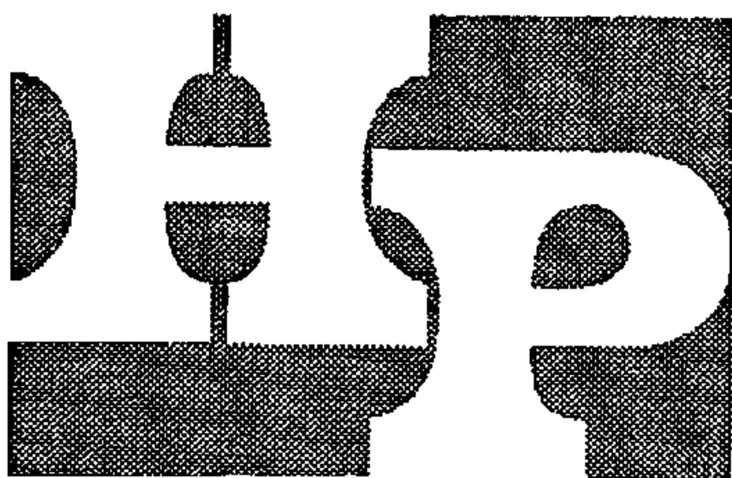
SORTEO DEL MILLON

HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

SIETE CONDENADOS







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

SIETE CONDENADOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 191
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 25749-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.ª edición: agosto, 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

INTRODUCCION

Massel, en Oregón, no tuvo nunca fama de ciudad valiente. Diversos episodios en los cuales sus habitantes demostraron poco valor le habían granjeado el nombre de «Tierra del Pánico» en todos los otros lugares de Oregón, y sus ocupantes eran llamados «Hombres Mancos» allí adonde fuesen.

Por eso levantó tanto revuelo la trágica figura de Rex Haley, que después de cometer un asesinato mató en lucha franca a dos de los agentes del sheriff cuando acudieron a detenerle. Haley era tan sólo un muchacho de diecinueve años; había vivido siempre, en compañía de su padre, en un rancho aislado entre las montañas que rodeaban la ciudad, y se le tenía por persona pacífica.

Y por eso produjo tanta expectación su proceso, hubo hombrecillos mediocres que se emborracharon llenos de alegría cuando Rex, el asesino, fue condenado a muerte.

Fue una tarde cualquiera cuando un hombre llegó a la ciudad gritando desaforadamente:

—¡Rex Haley ha vuelto! ¡Rex Haley está aquí!

Habían pasado cuatro años desde que un tribunal y un jurado compuestos por siete hombres de la ciudad le condenaron a muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

El juez Slump se acarició la barba, y miró al viejo Hillary con aires de suficiencia.

—¿Dices que Rex Haley ha vuelto? ¿Cómo lo sabes?

—Glover le vio cerca de su antiguo rancho, y vino corriendo a avisarme. ¡Era Rex Haley, lo juro!

Los ojos del juez Slump reflejaban inquietud cuando dijo:

—Ahora, Haley tendrá unos veintitrés o veinticuatro años, y si en presidio no le cortaron los dedos, será con el revólver un adversario más temible que nunca.

—¡Pero qué presidio ni qué pólvora mojada! ¡Nosotros le condemanos a muerte!

—Y hubiese muerto de haber estado nosotros conformes en ejecutarle en Massel. Pero tú recuerdas que una antigua ley impuesta por los fundadores de la ciudad prohíbe que dentro de la misma sea ejecutado uno de sus vecinos, fuere cual fuere la causa de su condena. Al trasladarlo a la sierra para ahorcarlo allí, le dimos ocasión de escapar.

—¡No hubiese escapado a no ser por esa estúpida, por ese cachorro de arpía que se llama Suzy! ¡Ella fue quien le escondió un revólver bajo la camisa!

Hillary pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡De un modo u otro ahora volvemos a tener a ese condenado de Rex Haley volando como un cuervo por encima de nuestras cabezas! ¡Y usted sabe, y él también, que ha venido a matarnos!

Slump dejó aparecer en sus labios una sonrisa burlona, pero muy brevemente.

—¿A toda la ciudad?

—No le costaría mucho trabajo, sabiendo cómo está defendida.

Pero no es eso lo que he querido decir: ¡ha venido a matar a los siete hombres que le condenamos a muerte!

—Yo creo que lo primero que hay que hacer es avisar al *sheriff* para que prepare a sus hombres. A él es a quien compete resolver esta situación —dijo Slump.

Mulwer sólo tiene dos agentes, juez, y los dos, malos tiradores. ¡Maldita mil veces la hora en que decidimos no ahorcar a Haley aquí mismo!

—Yo también estaba pensando en eso. Y me pregunto por qué en California, adonde huyó Haley, no respetaron nuestra sentencia.

—Debió conseguirse una revisión del proceso ante un Tribunal superior. Oí decir que le habían condenado a diez años. Pero el caso es que sólo han transcurrido cuatro, y ya está aquí. ¡Está aquí dispuesto a acabar con nosotros!

El juez volvió a acariciarse la barba.

—Bueno, Hillary, creo que lo más oportuno es ir en busca del sheriff.

Y ambos salieron.

En aquellos momentos, toda la ciudad parecía ya conmocionada. Los hombres iban rápidamente hacia sus casas, y en el establecimiento de granos de Steel, tan concurrido normalmente a todas horas, no se veía ya una sola mujer. Mulwer tampoco estaba en su oficina, y tuvieron que buscarlo en el saloon de Markett, el más prestigioso de Massel.

El representante de la Ley estaba hablando con Markett, el dueño, cuando entraron el juez y el viejo Hillary.

—Supongo, Mulwer —dijo directamente éste— que ya sabe que Rex Haley está aquí.

—No aquí, sino en algún lugar de las montañas que rodean la ciudad. En cuanto ponga los pies en Massel, yo me encargaré de él.

—¿Y antes no?

—No tengo ninguna obligación de hacerlo.

—¿Pero no comprende, vieja muía, que Haley bajará cuando esté usted desprevenido? ¡El único modo de acabar con él es buscarle en su madriguera! ¡Propongo la formación de una tropa armada para salir en su busca!

—¿Para salir en busca de quién, Hillary?

Los cuatro hombres se volvieron en redondo al escuchar aquella

voz clara y juvenil a sus espaldas. Una muchacha de unos veinte años, morena, vestida con una falda negra y una descotada blusa, que mostraba el nacimiento de sus senos, estaba ahora ante ellos. Sus mejillas y sus brazos estaban manchados de carbón, aunque sus manos, que se secaba en un trapo, estaban limpias. Aquella muchacha, una de las más perseguidas y deseadas por todos los hombres de la ciudad, era Suzy Clay.

—Sólo un hombre podía darnos tantos quebraderos de cabeza, preciosa: tu amiguito Rex Haley.

—Te alegra que haya vuelto tu amiguito, ¿no? —agregó alguien.

Suzy no contestó. Iba a dar media vuelta, cuando Markett la tomó violentamente por un brazo.

—Pronto vas a verle ahí —señaló el centro de la sala—, más tieso que un tronco derribado. ¿Crees, estúpida, que no habrá en Massel quien se encargue de matarle?

Markett era joven, rubio, con una perpetua expresión despectiva en su rostro. Era un triunfador, estaba acostumbrado a vencer, y se decía de él que no temía a nada ni a nadie. Tan acostumbrado a vencer estaba, que no concebía haber fracasado ante una muchacha tan insignificante como Suzy. Le hizo daño en el brazo.

—¡No hay en Massel un solo hombre que sea capaz de enfrentarse a él! —chilló la muchacha, mientras intentaba desasirse —. ¡Ni uno solo! ¡Más vale que los siete hombres que le condenaron salgan de la ciudad o pronto veremos desfilar por sus calles siete ataúdes cerrados! ¡Y eso va por usted también, Markett!

El dueño del saloon le retorció salvajemente el brazo, obligándola a doblarse, vencida por el dolor.

—¡Me gustaría que viniese Rex! —barbotó—. ¡Me gustaría!

El viejo Hillay se acercó para instarle a que soltara a la muchacha.

Cuando la muchacha pudo apartar su brazo, todos vieron que tenía profundas huellas rojas en la piel.

—Tienes razón, Hillary. Preocupándonos de esa estúpida no conseguiremos nada. Creo contigo que lo mejor es formar una tropa bien armada, y salir en busca de Rex.

Suzy fue a huir del saloon a toda la velocidad que permitían sus piernas, pero Markett lo impidió sacando su revólver y haciendo fuego instantáneamente contra el suelo. La muchacha se detuvo de

repente, y con una firme decisión impresa en su rostro, se volvió:

—¿Es que tienen miedo de que vaya a avisar a Rex?

—No, paloma. Esto ha sido sólo un aviso insignificante. Una manera educada de decirte que nos gusta que estés aquí.

—Por otra parte —rió el viejo Hillary—. ¿Quién te ha dicho que sigue teniendo algún interés por ti? ¿No se te ha ocurrido pensar que aún puede seguir gustándole Irina Wanders?

La simple mención de aquel nombre hizo palidecer a la muchacha.

—¡Irina se casará la semana que viene! —chilló agresivamente —. ¿Cómo quiere que Rex pueda fijarse en ella?

—Estamos de acuerdo en que se casará —apuntó el juez—, pero con uno de los que condenaron a tu amiguito. ¿Y si quedase viuda antes de tiempo?

Irina Wanders tenía fama de ser la muchacha más elegante y más culta de la ciudad, y Suzy se sentía inferior a ella. Por eso la temía tanto.

Ella, la hija de un hombre ahorcado, la muchacha criada en los montes como un cachorro de fiera, la insignificante encargada de la limpieza de un saloon —aunque éste fuese tan rutilante como el de Markett— nunca podría disputar a Irina el hombre en quien ésta pusiese los ojos. Y sabía bien que Irina había estado enamorada de Rex.

—Tú no prosperarás nunca aquí, muchacha —le dijo Hillay—. ¿Por qué no te largas a cualquier ciudad de la costa?

La entrada de un nuevo grupo de hombres en el establecimiento les obligó a cambiar de tema. Venían armados, y eran casi una docena.

—Nos hemos organizado como tropa voluntaria, sheriff —manifestó uno de ellos—. ¿Cuándo quiere que salgamos en busca de Rex Haley?

La mayor parte de aquellos hombres eran jóvenes y animosos, según comprobó Mulwer, y pertenecían a una nueva generación de tipos duros que iba imponiéndose en Massel.

—Creo que Haley debe de estar cerca de su antiguo rancho, pero antes es necesario dar una batida, muchachos —dijo—. Podríais reconocer el terreno con mis dos agentes, mientras yo pongo sobre aviso a los demás hombres de la población.

Sólo Markett y el juez se dieron cuenta de la segunda intención que alentaba en las palabras de Mulwer.

—De acuerdo —asintió uno de los jóvenes—. Nunca hemos querido asesinos en esta población, y tampoco los consentiremos ahora. Dentro de media hora le traeremos a Rex Haley… muerto.

Salieron impetuosamente, tropezando con los batientes de la puerta. Markett les vio marchar con cierta expresión de lástima. Sin atreverse a intervenir de nuevo cuando vio que Suzy aprovechaba la ocasión para salir con ellos.

—No conseguirán nada —dijo, como si escupiese al aire.

—No. Rex les dará esquinazo tantas veces como se lo proponga. Hay que aguardar a que entre en la población, y entonces ponerle enfrente un solo hombre…, pero que sea tan duro como él.

—¿Quién?

Todos se miraron. En efecto: ¿quién?

Fue entonces cuando Markett pronunció un nombre. Un nombre que alteraría notoriamente el orden lógico de las cosas en aquella pequeña ciudad de Oregón:

—Lou Sikett. El que pretendía raptar a Irina Wanders.

CAPÍTULO II

—Sikett es un pistolero, y está en la cárcel —advirtió exasperado el juez—. ¿Cómo pretende?…

—Pretendo que no sería mal enemigo para Haley, juez Slump.

Hillary trató de imponer silencio, sin conseguirlo.

—Lou Sikett no es más que un loco asesino, Markett. Usted sabe que en Bradley, California, mató a dos hombres sin ningún motivo. Y sabe que venía huyendo desde allí. Su captura ha sido una de las pocas cosas de que podemos enorgullecemos…

—Estaba borracho cuando caímos sobre él —sentencio Markett.

—De todos modos, ninguna ciudad había logrado aún encerrarlo entre las cuatro paredes de una celda. ¡Tenemos orden de custodiarlo hasta que el sheriff de Bradley venga por él! ¿Cómo quiere que ahora le aflojemos la soga?

El dueño del local introdujo las manos en sus bolsillos, con gesto de suficiencia.

—Sencillamente por creer que si él y Haley llegan a enfrentarse, Haley morirá.

—Y entonces, ¿cómo volveremos a encerrar a Lou?

—No lo encerraremos.

Hillary salió, fastidiado. El juez Slump se acarició la barba.

—Cuando Lou se vea libre —dijo— no tendrá el menor interés en enfrentarse con Rex Haley. ¿Cómo obligarle a que le busque y le mate?

Markett contestó:

—Ya sé que en cuanto Lou vea abrirse la puerta de su celda no pensará en jugarse la piel poniéndola a diez pasos de Haley. Pero yo sé también un modo de obligarle a que busque a Haley como un perro rabioso.

—¿Cuál?

—¿No vino a la población para raptar a Irina Wanders? Pues entregársela.

* * *

Irina se miró largamente en el espejo de su tocador. Sonrió satisfecha de su belleza y de sus dientes brillantes entre los labios tentadoramente rojos.

Estaba dispuesta para su paseo cotidiano con Pat. Su paseo triunfal por la población con el hombre más rico y más codiciado de ésta. Irina sonrió al pensar en su próximo casamiento.

Siempre había vivido bien. Hija de rancheros acomodados. Mujer inteligente, hermosa, culta, no podía elegir, a la hora de buscar esposo, otro hombre que Pat Skilt. El haría que todas aquellas comodidades que habían rodeado su niñez pudiesen continuar por siempre.

Interrumpió sus reflexiones al oír sonar la campanilla de la puerta.

—Pat está ya aquí —se dijo.

En contra de su costumbre fue a abrir ella misma, pues estaba cerca de la puerta. Y la persona que apareció en el umbral no era Pat.

Era una de las personas más insignificantes de Massel: Suzy Clay, la encargada de la limpieza en el saloon de Markett.

—Perdone que la moleste —dijo ésta, mirándola con sus claros y limpios ojos.

—No es molestia —contestó Irina.

Pero en realidad Suzy la molestaba con su figura armoniosa a pesar del abismo social que las separaba.

—Entre —invitó. Y añadió, apenas hubo cerrado la puerta—: ¿Qué quiere decirme?

—Rex Haley está aquí.

Tembló la barbilla de Irina, pero supo reponerse a tiempo.

—¿Aquí? ¿Ha venido a que le maten?

—No ha sido tan estúpido como para entrar en la población. Está en las montañas, cerca de su antiguo rancho. Dicen que viene a entendérselas con los siete hombres que le condenaron a muerte.

Irina resolvió adoptar un aire altivo, indiferente.

—Bien. ¿Y a mí qué me importa eso?

—Su futuro esposo es uno de esos hombres, miss Wanders.

Irina echó la cabeza hacia atrás, sacudida por un estremecimiento nervioso.

—Mi esposo sabrá cómo defenderse, en el improbable caso de que ello sea necesario. ¿Por qué ha venido usted a advertirme, Suzy Clay?

—Porque durante cuatro años he esperado el regreso de Rex, miss Wanders. Lo he esperado con toda mi alma y con todas las fuerzas de mi juventud. He sufrido humillaciones y pesares con tal de no marcharme de aquí, pues adivinaba que algún día volvería. Pero ahora pienso que usted también estuvo enamorada de él.

Irina miró recelosamente a la muchacha. Parecía sincera, parecía no haber en sus palabras la más leve sombra de una doble intención. Resolvió ser ella sincera también, aunque ello la humillase, pues sólo así conocería los propósitos de la muchacha. Contestó altivamente:

—Lo estuve, no lo niego. Pero de eso hace ya cuatro años, Suzy Clay. Yo era entonces muy niña, y no sabía lo que me interesaba. Ahora estoy a punto de ser la esposa de Pat Skilt —recalcó orgullosamente—, y todo aquello ha dejado de interesarme. ¿Qué es lo que pretende?

Se iluminaron los ojos de Suzy.

—Es todo cuanto quería saber, miss Wanders. ¡Oh, gracias, muchas gracias! ¡He esperado tanto la vuelta de Rex! Ahora es seguro que él volverá a concederme su amistad, como antes. Si no la ve a usted es seguro que… —se interrumpió bruscamente—. Hablaré con Rex, miss Wanders. Le diré que no toque un solo pelo de la ropa de Pat Skilt. Y lo hará si usted cumple lo que acaba de decirme. Lo hará si…

—¿De modo que ha venido a ofrecerme un trato? —replicó Irina, ofendida—. ¿Ha venido a pedirme que deje en paz a Haley a cambio de la vida de Pat? ¿Qué es lo que se ha creído? ¿Que voy a cerrar un trato con la representante de un asesino perseguido por la Ley?

—¡Rex no es un asesino! —chilló Suzy—. ¡Era inocente cuando le condenaron, y lo sigue siendo ahora!

—Nunca he admitido imposiciones de nadie, y usted debe

saberlo —dijo Irina—. Rex Haley morirá, pero si antes quiero verle… lo haré, ¿comprende? Y además iré yo misma a pedir al sheriff que acabe con ese hombre. Lo haré inmediatamente, ¿entiende? Los asesinos como él y las mujerzuelas como usted no deben vivir en esta tierra. Si tiene algo más que decirme, vaya a buscarme al saloon de Markett.

Salió violentamente de la casa, dejando la puerta abierta tras ella. Suzy se le quedó mirando, desde el umbral, con los ojos brillantes por las lágrimas.

* * *

—Bueno, Markett, creo que esta vez ha exagerado la nota. ¿Entregar a Irina Wanders a un pistolero salvaje como Lou?

El interpelado se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Si elimina a Rex Haley, creo que merece alguna recompensa…

Había un brillo frío en los ojos de Markett. El juez Slump, zorro viejo, adivinó sus pensamientos.

—Usted hubiera deseado casarse con ella, Markett. No le aceptó porque no es usted lo bastante rico. ¿Cree que es motivo suficiente para que ahora trate de vengarse de ese modo?

—¿Y qué dirá Pat Skilt? —añadió Mulwer—. ¿Va a consentir callado con una cosa semejante?

—Pat Skilt puede estar sin sentido un par de horas… las suficientes para que Lou se lleve a su prometida. Lou está enamorado de ella desde que atracó nuestro Banco, hace dos años. Si Pat fuese un hombre prudente le habría matado ya.

Los otros dos movieron la cabeza dubitativamente. No le gustaba aquello. Había demasiado cinismo en las palabras de Markett, aunque reconocían que sólo un hombre como Lou podía acabar con un chacal rabioso como Rex Haley. Estaban reflexionando en silencio, cuando la puerta se abrió y entró Rod Snukelss.

Rod aspiraba a una brillante carrera política, a la que no sería ajena el dinero de su padre.

—¿Qué saben de Rex Haley? —preguntó en seguida de entrar.

—¿Por qué? ¿Vienes a matarlo?

—Esa es mi intención y os prometo que voy a realizarla. ¿Se sabe si ha entrado en la población?

Markett se llevó las manos a las solapas de su levita. Ahora estaban los cuatro solos en el local.

—No se atreverá. Hay catorce hombres buscándole por los alrededores. Cuando vea el recibimiento que le preparamos saldrá volando de aquí.

—No me convencen esas palabras. ¡Rex Haley vendrá!

¡Y quiero ser yo quien lo encuentre! Quisiera ver a Rex Haley ahora —repitió—. ¡Quisiera verle ahora mismo!

—¿Para qué? ¿Para desearle buena suerte?

Todos se volvieron al oír aquella voz. Era una voz dura, firme, pero clara y serena. Los batientes de la puerta se movieron poco a poco.

Vieron unas botas llenas de polvo, unos pantalones negros. Un doble cinturón canana y dos brillantes revólveres. Una camisa negra, un pañuelo rojo anudado al cuello, un rostro endiabladamente joven. Era el rostro de Rex Haley, el hombre a quien catorce vecinos armados buscaban por los contornos de la población.

—Bien. ¿Para qué me buscabas, Rod? ¿Quieres invitarme a beber, acaso?

Rex Haley no había envejecido en aquellos cuatro años, aunque había en su rostro algo muy distinto. Su boca tenía un trazo seco y duro, y en sus ojos había algo que estremecía los nervios. Sus movimientos eran tan seguros y elásticos, que los cuatro hombres tuvieron individualmente la sensación de hallarse a su merced, aunque como grupo le fuesen superiores.

—Te he preguntado para qué querías verme, Rod.

Tembló la barbilla del aspirante a sheriff, y vacilaron sus manos. Comprendió que, después de sus afirmaciones, iba a ponerse en ridículo si mostraba indecisión, y trató de recobrar su aplomo.

—Para matarte, Rex.

—¿Para matarme? ¿Es que tienes alguna cuenta pendiente conmigo?

—Todos los hombres honrados de la población tenemos algo que saldar contigo, Rex —dijo Markett, con voz firme—. No es sólo Rod el que piensa matarte.

Rex Haley apoyó un codo en la barra, en actitud indolente, sin dejar de mirarles. Extrajo un papel del bolsillo superior de su

camisa, aun sabiendo que mientras realizaba estos movimientos estaba a merced de sus enemigos.

—Esta es mi orden de libertad. En California fui condenado a diez años, no por el crimen que me imputasteis, y del que siempre he sido inocente, sino por resistencia armada a los agentes del sheriff de Massel. Han transcurrido cuatro, y por buena conducta fui puesto en libertad. No tengo ninguna cuenta pendiente, amigos.

—Se dice —farfulló el juez— que has venido a Massel para liquidar a los siete hombres que te condenaron.

—He venido a Massel para recuperar mi antiguo rancho. Eso es todo.

—¡Sabes que fue repartido entre los siete hombres del jurado! —bramó Rod—. ¡Sabes que tendrás que matarlos uno a uno para recuperar lo que nunca debió ser tuyo! ¡Pero yo te marcaré las manos antes de que lo hagas, canalla!

Su derecha fue hacia el revólver con la velocidad de un proyectil. No había logrado aún tocar la culata cuando Rex, con la izquierda, hizo fuego. La bala atravesó la funda derecha de su enemigo, inutilizando el revólver antes de que pudiera empuñarlo.

Un espeso silencio se hizo en el local después del disparo. Todos miraron atónitos a Rod, que había extraído de su funda un revólver con el cañón roto.

—Te queda el izquierdo. ¿Por qué no intentas matarme con él?

Había una serena inflexión de desafío en la voz del recién llegado. Unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Rod, brillantes como el rocío.

—Vamos, ¿a qué esperas?

—Tú tienes dos revólveres, y yo sólo uno.

El pueril argumento hizo que en los labios de Rex Haley apareciera una sonrisa burlona:

—No olvides esto, Rod. No olvide esto, sheriff, ni usted, juez, ni tú, Markett, el tahúr más grande del Estado. Quiero volver a ser un ciudadano de esta población. No porque sea muy honrada ni muy rica, sino porque desde niño viví en ella. Y trataré de recuperar mi antiguo rancho. Es cuanto necesitan saber.

Se volvió, con indiferencia, andando hacia la puerta. Los cuatro hombres se miraron y, de repente, Rod tiró de su revólver izquierdo.

Fue el chasquido del martillo lo que advirtió a Rex Haley. Instantáneamente se echó hacia un lado de la puerta, mientras sonaban los tiros. Los batientes de la entrada se abrieron impulsados por el plomo. Rex dio dos vueltas sobre sí mismo, y «sacó».

En las fracciones de segundo que precedieron a su disparo, vio que Rod había hecho fuego el primero, pero Mulwer también se proponía acribillarle. Disparó una vez contra él y otra contra Rod, moviendo su «Colt» en abanico con una velocidad centelleante. Los dos hombres se encogieron sobre sí mismos, con el estupor más absoluto reflejado en sus rostros. Dieron una vuelta sobre sus tacones antes de caer. Rod fue el primero.

Rex Haley siguió moviendo en abanico su revólver derecho, encañonando con él a los dos hombres que le miraban perplejos. El más tranquilo de ellos parecía ser Markett, quien había apoyado otra vez las manos en las solapas de su levita.

—Has matado al sheriff de Massel, Rex —dijo, con voz lenta—. Es lo único que te faltaba para redondear tu carrera.

—Me he defendido de un ataque por la espalda. Ni el sheriff me había conminado a rendirme ni era ése el modo como debía proceder. Y además, ¿desde cuándo te has erigido tú en defensor de las virtudes ciudadanas, Markett? Ninguno de estos hombres pertenecía al jurado que me condenó —añadió lentamente—. Siento haberles matado.

—Esto significa —tartamudeó Slump—. Esto significa… que aún piensas llenar siete ataúdes más.

En aquel momento se abrió la puerta, y dos de los hombres que habían salido a patrullar por los alrededores, aparecieron en el umbral.

—¿Qué pasa aquí? Ese condenado de Haley no está por… —comenzó uno de ellos.

Sus ojos se posaron entonces en los cadáveres de Rod y Mulwer.

—¡Cuidado!

—¡Quieto, Markett, o rodarás también! —dijo Rex al advertir un gesto de Markett.

Un verdadero tumulto llegaba desde el exterior en aquellos momentos, sin que Rex Haley, al parecer, se sintiera afectado por ello. Lentamente, fue poniéndose en pie, sin mover una pulgada su

«Colt».

—¡Salid vosotros! ¡Pronto! ¡Salid los tres!

Echaron a andar hacia la puerta, con los brazos en alto. Haley fue a salir tras ellos, pero vio que había más de diez hombres aguardando en la calle.

Volvió tras sus pasos, examinando con una ojeada las posibilidades de defensa que ofrecía el local. Estas eran prácticamente nulas, por la gran cantidad de ventanas. Desenfundando el otro revólver, saltó sobre la barra para parapetarse tras ella. Oyó la voz de Markett, que en el exterior ordenaba algo.

Se puso en pie sobre el mostrador y vio que varios hombres corrían alocadamente por la calle. Entonces se dejó caer nuevamente al suelo, preparando sus armas. Con la izquierda, hizo fuego contra uno de los batientes de la puerta, haciéndolo oscilar. Mientras tanto, miró a su espalda, tratando de hallar una salida.

Había una sola puerta, sin duda la que daba al almacén de bebidas de Markett. Gateando, se introdujo por ella, mientras desde dos de las ventanas los sitiadores empezaban a vomitar plomo sobre la barra.

—¡Ríndete, Haley! —gritó alguien—. ¡Hemos cercado el local!

A Rex no le cabía duda de que aún no habían logrado hacerlo, pero no transcurrirían tres minutos sin que lo hubiesen conseguido. Mientras retrocedía, repuso la munición de sus revólveres, presumiendo que iba a gastar todo el plomo de sus cinturones.

La habitación en que había entrado era extensa, y llena de estanterías con botellas y alimentos. La más absoluta oscuridad imperaba en ella.

«Tiene que haber una salida —pensó—. Si esto es un almacén debe de tener una puerta independiente. Pero ¿dónde?».

De repente tuve» la sensación de que había alguien más allí en la oscuridad.

Se detuvo, con el revólver levantado. Una voz suave llegó hasta él, causándole un estremecimiento.

—¡Rex! ¿Dónde estás, Rex? ¡Soy yo, Suzy!

CAPÍTULO III

La voz de Suzy Clay, que en nada había cambiado, fue para sus nervios en tensión de Rex como una inesperada caricia. Se acercó a Suzy en la oscuridad. Extendiendo su mano palpó su rostro, sus cabellos que tanto recordaba. Notó que ella estaba llorando.

—¿Qué haces aquí, muchacha? ¿Por qué lloras?

—¡Lloro de alegría, Rex! ¡He esperado durante tantos años que volvieras!…

Los disparos atronaban el saloon de Markett, a su espalda.

—¡Pero estás loca, Suzy! ¡Van a matarte si no sales inmediatamente de aquí!

—Ya sé que es peligroso, Rex, pero eso no me importa. Ya que has vuelto, debo ayudarte. Si nos damos prisa, aún podremos salir.

Tiró de él en la oscuridad, atrayéndole hacia una de las paredes. Allí, según adivinó Rex, había una puerta.

—No habrán rodeado esta parte todavía. Creerán que estás detrás de la barra, dispuesto a hacerles frente.

Sin vacilar a pesar de las tinieblas que les envolvían, Suzy dio con el pomo de la puerta, abriendo. Los violentos rayos de sol hicieron parpadear a Rex.

Estaban en una calle lateral, junto a una cuadra. Rex comprobó inmediatamente que no había nadie por los alrededores, aunque las detonaciones parecían llenar el ámbito de la población entera.

—¡Te subiré a mi habitación, Rex! ¡Allí nadie te buscará!

El joven fue a contestar algo, pero la primera palabra murió en sus labios. Un hombre había aparecido en el recodo del porche. Era alto, iba cubierto de polvo, y llevaba un rifle en las manos. Se precipitó sobre la puerta, sin ver a Rex. Cuando advirtió su presencia, éste le estaba ya encañonando.

—Retroceda —ordenó con voz seca.

El amenazado dejó caer su rifle, con una expresión de terror en los ojos.

—Tómalo tú, Suzy.

Se inclinaba la muchacha para recogerlo cuando en la esquina del porche apareció otro hombre. Este, más listo que su compañero, vio inmediatamente el alcance de la escena, y sin titubear hizo fuego sobre Rex. La bala arañó al joven en el hombro.

Le bastó desviar dos pulgadas el revólver para contestar a la agresión. Su enemigo recibió la bala en el pecho y cayó hacia el exterior, fuera de la protección que le brindaban los porches. El otro, al que hasta entonces amenazara Rex, dio media vuelta y echó a correr hacia la esquina, jugándose la vida a cara o cruz.

Rex no disparó. Hubiese sido cobarde matar a aquel hombre por la espalda, fríamente. Pero con su huida, su situación se agravaba. Miró a Suzy y, cosa extraña, en aquel momento tuvo la serenidad suficiente para pensar que se había vuelto más hermosa.

—¡Vamos! ¡Entremos en la cuadra!

Lo hicieron a tiempo que una nueva figura aparecía en el recodo. Rex dio un empujón a la muchacha, lanzándola sobre la paja del interior, mientras disparaba al azar. Fue suficiente para que su enemigo se ocultara. El hombre a quien segundos antes hiriera se arrastraba ahora penosamente hacia la esquina, buscando protección.

Una simple ojeada bastó a Rex para apreciar las posibilidades defensivas de su nuevo refugio. Era una larga cuadra con paredes de troncos, una de las cuales —construida con piedra hasta su mitad— tenía un pesebre, al que estaban atados media docena de caballos. Todos se revolvían inquietos, y coceaban al aire. El suelo estaba lleno de paja y no había otra puerta que la que habían utilizado.

—Creo que esta vez me han cazado, Suzy. Y dudo que ahora me puedas salvar.

—¡Quedan los caballos! ¡Hazlos salir, y habrá ahí fuera un verdadero tumulto!

—¿Tumulto, haciéndolos salir? ¿Uno a uno?

Suzy comprendió que la puerta era, en efecto, demasiado estrecha para hacer salir a todos los caballos juntos, al galope.

—¡Dios mío! Incendiarán la cuadra…

Rex Haley se sentó en el suelo, a un lado de la puerta, con la misma calma y parsimonia que si fuese a presenciar una carrera de hormigas. Sus dos revólveres brillaron sobre las rodillas.

—¡Echate al suelo, Suzy!

—No te preocupes por mí, Rex. Tengo mi rifle.

El se volvió ligeramente, para contemplarla. Con voz dulce, trató de convencerla.

—Me salvaste la vida una vez, Suzy, y durante cuatro años he estado esperando la ocasión de agradecértelo. ¿Cómo quieres que me defienda, si sé que corres peligro? Sal de aquí y entrégate. Di que yo te obligué a seguirme con amenazas. Nadie puede hacerte daño, si obras así.

—No, Rex. Entre los hombres que nos rodean hay algunos a los que odio con toda mi alma. No quiero contemplar cómo te cazan sin hacer nada por ayudarte.

Amartilló el rifle, mirando hacia el exterior por entre las junturas de la puerta.

Varios disparos se abatieron contra ésta. Los caballos empezaron a relinchar, intentando liberarse.

—Tratarán de rodearnos, pero no lo conseguirán fácilmente —dijo Rex, como si hablase consigo mismo—. Tienen que disparar desde los lados…

En efecto, no había ningún refugio seguro frente a la puerta desde la que disparaba Rex, y los sitiadores tenían que atacarle parapetados en los porches. En tales condiciones no era fácil completar el cerco.

Suzy, a espaldas de Rex, que no podía prestarle atención, buscó un resquicio lo bastante grande entre las tablas de la puerta, e hizo fuego con su rifle. El sombrero de uno de los agentes del sheriff, que se aprestaba a disparar, saltó por los aires.

—¡Suzy, estás loca…!

Rex saltó hacia ella, y le arrancó el arma de las manos.

—¿Qué pretendes? ¿Que te ahorquen a ti también? ¡Vamos, sal de aquí!

Con una energía no exenta de violencia, pues no había otro medio de convencer a la muchacha, la arrastró hacia la puerta. Pero en aquel momento una verdadera tromba de plomo reventó contra ésta y las paredes interiores de la cuadra.

—No puedo salir; ya lo ves… —dijo Suzy.

Rex, con un suspiro, le soltó la mano que hasta aquel momento había tenido fuertemente apretada. Luego se dejó caer al suelo, de rodillas.

—Dejemos que se cansen de tirar —suspiró.

No había por el momento peligro de que las balas atravesasen los gruesos troncos de las paredes, ni de que los asustados caballos lograsen romper sus ligaduras. La muchacha se dejó caer junto a Rex.

El había cambiado mucho. Pero lo que más había variado en él eran los ojos. Ojos de mirada intensa, dura, penetrante como un cuchillo… Suzy apoyó su cabeza en la espalda del hombre, y bajó los párpados, como una niña. Se sintió extrañamente segura a pesar de los disparos, más segura que lo que, se había sentido nunca durante aquellos cuatro años de soledad.

—Celebro que hayas vuelto, Rex.

Su voz era suave y dulce como una caricia.

La actitud confiada de aquella mujer, la entrega total que hacía de su vida, poniéndola en sus manos, hizo nacer en él un vehemente deseo de salvarla. Sus manos se cerraron sobre sus revólveres como dos garfios poderosos.

—Cuatro años me han hecho vivir cosas desagradables, Suzy —dijo—. Y a veces, en los malos momentos, pensaba en ti, que me salvaste de morir ahorcado. ¡Como no voy a salvarte ahora yo, aunque me cueste la vida!

Se dirigió a uno de los caballos, el de mejor estampa, desatándolo. El noble animal voló hacia la puerta y Rex, agachándose, hizo fuego entre sus patas. Uno de los sitiadores recibió un balazo en la rodilla, cayendo. Los demás apuntaron al caballo, vigilantes, creyendo que Rex iba pegado a su lomo.

Fue el momento que él escogió para salir. De un salto se encaramó sobre un segundo caballo, cuya ligadura rompió de un balazo. El animal se encabritó violentamente, enfilando la puerta.

—¡No dispararán contra la cuadra, Suzy, apenas haya yo salido!

La muchacha trató de abrazarse a su pierna.

—¡No te vayas, Rex! ¡No volverás jamás, si te marchas ahora!

—Nos veremos antes de dos días. ¡Apártate, Suzy, y sal luego tranquilamente! —gritó, cruzando la puerta.

El caballo, sin silla, bocado ni brida, corrió en la dirección que Rex le indicó con un suave golpe de su revólver. Sin preocuparse más del animal, cuyo terror le impelía a huir bien lejos de aquel sitio, disparó hacia su derecha, hacia el porche que cobijaba a los sitiadores. Todos se pegaron a la pared menos un hombre, quien se dio cuenta a tiempo de que sólo ofreciendo blanco había posibilidad de acribillar a Rex. Pero aquella vez le salieron mal las cosas. Y nunca más le volvieron a salir, ni mal ni bien.

El balazo atravesó su frente y fue a astillar todavía la madera de uno de los soportes.

El hombre cayó, mientras Rex se alejaba al galope tendido.

Aquel hombre a quien ni siquiera había visto el rostro, era Sullivan, el presidente del jurado que cuatro años antes le condenara a muerte. El primero de los siete condenados que caía para siempre mordido por su plomo.

Fue Markett el primero en acercarse a él. Le dio la vuelta con el pie, recelosamente, como si temiera tocarlo.

—Es Sullivan —dijo—. Y está bien muerto. Ya dije yo que ese tipo venía a llenar siete ataúdes. Podéis ir llamando al sepulturero.

—Reconozco, Markett, que tenía usted razón al hablar del peligro que ese hombre representa. Si el diablo fuese agente de propaganda de la casa «Colt», no tiraría con el revólver mejor que él lo hace. Y si alguien tiene alas para escapar de los sitios más inverosímiles, ése es Rex Haley.

Markett encendió un cigarro, y observó a su gusto la expresión empavorecida del juez.

—Y esa medida extraordinaria se llama…

El juez no quiso pronunciar ningún nombre. Cerró los labios fuertemente.

—Esa medida se llama Lou Sikett —dijo Markett por él—. Lou Sikett e Irina Wanders.

—Creo que estamos tramando la canallada más grande de la historia de Oregón —opinó Slump, llevándose la mano a la frente—, pero a la larga lo que nos interesa son nuestras propias pieles, y no la historia de la tierra en que vivimos.

—Entonces…

El juez Slump se levantó pesadamente.

—Vamos a ver a Lou Sikett. Después nos ocuparemos de Suzy.

Los dos hombres caminaron solos por la población hacia la cárcel.

Lou estaba solo en una celda, sentado en su camastro y con las piernas apoyadas en las rejas. Tenía una expresión tan insolente que Slump se sintió ofendido.

—¡Eh, tú! —Gruñó Markett—. ¡Ponte en pie cuando el juez entre en tu celda!

Lou arrojó un salivazo al aire.

El carcelero abrió la puerta.

—¿Qué quieren? ¿Van a ahorcarme para festejar la boda de Irina Wanders? —dijo el pistolero.

—De ella precisamente queremos hablarle, Lou.

Markett hizo una seña al carcelero para que se alejara, y luego se volvió hacia el forajido, cuyos ojillos brillaban recelosamente.

—Guapa chica esa Irina Wanders, ¿eh? Y fina —dijo.

Lou se encogió en la pared, desconfiando.

—¿Qué diablos quieren de mí?

—Cerrar un trato. ¿Te gustaría volver a manejar los revólveres otra vez?

—¡Que si me gustaría! ¡Me duelen las manos de pensar que no los tengo cerca!

—Pues yo voy a darte la oportunidad de que los manejes otra vez… si sabes para qué sirven.

Lou se frotó las manos nerviosamente, y contempló a los dos hombres con una sonrisa de sorna.

—¿Por quién me han tomado, nenes? ¿Por un pastor que va a evangelizar esta tierra? ¡Nací con un revólver en cada mano! ¡Y ustedes saben que si no estuviese metido entre estas rejas, me bastarían dos balas para vaciar sus dos cabezas!

Markett respiró fuerte, satisfecho.

—¿Se atrevería a decir eso… delante de un hombre como Rex Haley?

—¡Hum! —Los ojillos de Lou se entrecerraron, como si intentase calcular todo el alcance de aquella pregunta—. Rex Haley… El tipo que liquidó a dos agentes del sheriff, ¿no es eso? ¿El que no hace siquiera un par de horas ha dado esquinazo a toda la población? ¡Hum! Creo que me metería en un mal negocio si me jugase la piel así como así, delante de un tipo de ese calibre.

Markett esperaba aquello, y por eso sonrió con suficiencia.

—¿Aunque Irina Wanders fuese su premio, si venciera?

La pregunta quedó flotando en el aire durante unos segundos. Lou Sikett se encogió sobre sí mismo al oír aquel nombre, y sus ojillos brillaron malignamente.

—Veo que han venido a burlarse de mí. Y eso no me gusta.

—No me burlo, Lou —dijo Markett, poniéndole una mano en la rodilla, para subrayar el tono confidencial de sus palabras—, y si ahora le hablo de eso, es porque estamos firmemente decididos a conseguir su libertad, dejarte las manos libres en el asunto Irina Wanders… y facilitar su fuga. Todo ello si consigue matar a Rex Haley.

—¿Y por qué no organizan ustedes una tropa y le dan caza? Un hombre solo no puede acabar con toda la población. Massel tiene tres mil habitantes: ¿no habrá entre ellos una docena de valientes?

Markett denegó con la cabeza.

—La caza de Rex tiene que ser empresa de un hombre solo, y le explicaré por qué. En Massel, la mayor parte de los hombres tienen una posición económica sólida, pues la comarca es rica. Sólo se arriesgan a buscar a Haley en las montañas, y aun es dudoso. Al dueño de un rancho no se le puede pedir que entregue su piel a cambio de la tranquilidad de una población. Por otra parte, si no le encontramos en un plazo de dos días, los miembros de esa tropa se desanimarán, dispersándose. No, amigo, lo mejor es enviar a un hombre solo contra él. Un hombre de quien no desconfíe… y que sólo necesite una bala.

—Yo soy ese hombre —afirmó Lou—. Pero… —Y volvió al tema de su obsesión—, ¿cómo me las arreglaré en lo de Irina Wanders?

—Ese es asunto suyo, amigo. Pat Skilt, su prometido, no es hombre a quien usted deba temer. Y si necesita acabar con él no habrá conflicto con nosotros.

Slump recordó entonces que Markett y Pat eran enemigos personales, y que aquél deseaba librarse de éste, pues era un obstáculo para la carrera política que pensaba iniciar.

—Bien. He hablado, Lou. ¿Qué le parece?

Los ojos del pistolero brillaban como brasas.

—Que acepto. Vengan los dos revólveres.

Markett se levantó y llamó al carcelero.

—Venga. El juez Slump tiene algo que decirle.

El aludido tragó saliva.

—Lou Sikett no tiene por qué continuar aquí —dijo—. He recibido un oficio aclarando que ningún sheriff le reclama. Por lo tanto, y como no ha cometido ningún delito dentro de la población, no debemos retenerle por más tiempo.

—Pero… —arguyó el carcelero.

—Obedezca. Yo soy el responsable de esto, y si hace falta le entregaré la orden por escrito. ¡Ah! Y devuélvale sus revólveres.

Lou se irguió, acariciando con sus manos los flancos del pantalón. Cuando Markett le entregó los revólveres, sus nueve dedos se cerraron sobre las culatas, como si volvieran a tocar un amuleto.

—Estás libre, Lou.

Como una fiera a quien se han limado los barrotes de la jaula, Lou Sikett salió al exterior.

Sin perder un minuto se dirigió rectamente hacia la casa de Irina Wanders.

CAPÍTULO IV

—Hola, guapa.

La muchacha estaba peinando sus cabellos ante el tocador cuando aquella voz vino a turbarla. Al principio ni siquiera sintió miedo; tanta fue su sorpresa. Luego, al volver la cabeza, no tuvo fuerzas para lanzar un chillido de angustia.

—¿Qué… quiere? ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí? —dijo.

—Me lo he tomado yo, nena.

—¡Márchese! ¡Márchese inmediatamente! ¡El presidio es el único lugar donde merece encontrarse!

La sonrisa de Lou se hizo más socarrona y más ancha.

—Contigo, nena.

Los hombros de Irina sufrieron un estremecimiento. Fue a llamar a la servidumbre mediante la campanilla, junto a su lecho, pero retrocedió al ver cómo el hombre se acercaba lentamente a ella.

—¡Salga o chillaré! ¡No le perdonarán esto! Aunque haya muerto el sheriff, aún se respeta la Ley en una ciudad como Massel.

—No temas. Todavía no vengo a hacerte daño. Sólo quiero un recuerdo tuyo antes de marchar de aquí. Un pequeño recuerdo tuyo.

Lou se abalanzó sobre la muchacha, a la que aferró por la cintura. En aquel momento se abrió la puerta.

Lou se volvió como un rayo, «sacando» para encañonar a Pat Skilt, el prometido de Irina, que había ya echado mano a su revólver.

Pero Pat no era rápido «sacando». Por eso, a pesar de tener todas las ventajas, se vio encañonado por Lou.

—¡Pat! —chilló Irina—. Este hombre…

—¡Canalla! Le juro que…

Hubo tan poca convicción en la voz de Pat, que Lou adivinó en seguida la clase de enemigo que tenía enfrente. Con una sonrisa llena de sorna y desprecio, enfundó el arma nuevamente.

—¿Por qué no me mata? ¿No va a ser ésta su mujer muy pronto?

Los dientes de Pat empezaron a castañetear. La superioridad que demostraba su enemigo le abrumó de tal modo que, a partir de aquel momento, ya fue incapaz de pensar serenamente. Ni siquiera vio la mirada de infinita consternación que le dirigían los ojos de Irina. Sólo vio las manos diabólicas de aquel hombre, de una de las cuales faltaba el dedo meñique.

—Ha muerto el sheriff, pero todavía queda ley en Massel.

—Eso mismo ha dicho ella hace un momento: que todavía quedaba Ley en Massel. ¿No le da vergüenza repetir las palabras de una mujer?

Pat estaba tan vencido que no le daba vergüenza nada. Chilló:

—¡Apártese de ahí! ¡Le mataré si no lo hace!

—Está bien: atrévase.

No había peligro de que Lou sacara sus revólveres. Tenía las manos negligentemente apoyadas en su cintura, contemplando a su enemigo con una brillante mirada de desprecio.

—Nunca mataré a un hombre a sangre fría. Yo…

Se entreabrieron los dientes de Lou. Se atrevió incluso a volver un poco la espalda, para mirar a Irina.

—Demasiado guapa esta mañana para un tipo como usted. No se la llevará.

Y añadió despacio, ominosamente:

—Vendré a buscarla dentro de dos días. Es todo lo que necesito para acabar un trabajo que tengo pendiente.

Dando media vuelta salió, sin hacer caso de Pat ni de su revólver cargado. El prometido de Irina le vio marchar con los ojos desorbitados, sin salir de su asombro. La muchacha, vacilante, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Sabía que Lou Sikett cumpliría su promesa.

—Irina. Yo…

Irina tenía cerrados los ojos, y los entreabrió para mirar a Pat. Su mirada profunda y dulce se posó esta vez en el hombre con una especie de lástima. No hubo la menor violencia en su mirada ni en su voz, cuando habló. Dijo:

—Ese hombre volverá, Pat.

Se dirigió hacia la puerta y salió, sin hacer caso del ademán ansioso de los brazos del hombre. Al bajar las escaleras, aún le pareció sentir en ellas la vibración de las pisadas de Lou. Lentamente, con la mirada perdida en el vacío, alcanzó su chal de seda, se lo echó sobre los hombros y salió a la calle.

La ciudad parecía hostil y casi desierta. Los hombres iban aprisa, y todos llevaban sus armas, como si temiesen ser agredidos. Lou, aquel aborrecible asesino, había sido puesto en libertad… y eso debía de estar relacionado de algún modo con la vuelta de Rex. Vio a Markett y al juz Slump en el centro de la calle, y se dirigió hacia ellos sin vacilar.

—He sido víctima de un asalto en mi propia casa —declaró nerviosamente—. Conozco al autor: Lou Sikett. ¿Puedo saber por qué está en libertad, juez?

Markett contestó por él.

—Lou Sikett no tiene ya ninguna cuenta pendiente con nosotros. Todo fue un error, y por tanto ha habido que ponerle en libertad. Si ha cometido algún acto censurable, lo notificaremos al sheriff apenas sea nombrado.

—Pero ¿no hay sheriff aún? ¿A qué esperan?

—Miss Irina —respondió Markett, con una sonrisa socarrona—, primero tenemos que enterrar al otro…

—No me hacen gracia sus palabras, Markett. Usted y yo jamás hemos estado en buenas relaciones desde que le rechacé. Y ahora no hablo con usted: hablo con el juez Slump. ¿No hay posibilidad de que una mujer honrada viva tranquila en Massel, juez?

—Pues… Si hubiese sheriff…

—¡Debe haberlo! ¡Debe haber alguien que imponga la ley, al menos mientras por las calles corran sueltos asesinos como Sikett! ¿Qué ha ocurrido hoy en nuestra ciudad para que todo se haya trastornado tan de repente?

—Nuestra ciudad está trastornada, como usted dice bien, miss Wanders. Siete de sus hombres más representativos están amenazados de muerte. Uno de ellos ya tiene plomo entre las dos cejas. ¿Cómo quiere que reaccionemos? ¿Preocupándonos de una niñería como lo de Lou?

—¡No es una niñería! ¡Ese hombre me ha ofendido en mi propia

casa… delante de mi prometido!

En los ojos de Markett apareció una expresión de hurla.

—En tal caso no debe usted temer. Recemos todos por Lou Sikett; eso será lo más justo. Pat, que es buen tirador, le habrá clavado antes de la noche seis plomos entre las costillas…

—¡No se burle usted, Markett!

—¿Burlarme yo? ¿No es eso lo que debe hacer un hombre que ama a su prometida?

Irina iba a decir algo, pero calló. Markett, al fin, tenía razón. Y en aquel momento fue cuando se dio plena cuenta de lo indefensa que estaba.

—Rex Haley es un peligro para todos —hablaba el juez, sin que Irina le prestase atención—. Le prometo, miss Wanders, que cuando acabemos con él se expulsará a Lou de la población. Actualmente, como hombres responsables de la paz en Massel, tenemos cosas más importantes que hacer.

Irina no le escuchaba. Se había alejado ya y caminaba por el centro de la calle como una sonámbula. Sus hermosos ojos contemplaron la calle polvorienta, los revólveres que brillaban en todas las cinturas, y se sintió perdida como en medio de un desierto.

Sólo le faltaba ver lo que vio: Lou Sikett, indolentemente apoyado en la barra de un porche, con las manos en los bolsillos, contemplándola con aire de dueño indiscutible.

Markett y el juez vieron también a Sikett, y no les pasó inadvertido el significado de aquella mirada.

—No debimos haber consentido que entrase en la casa —dijo el juez—. Puede echarlo todo a rodar.

—¡Bah! Era preciso enseñarle bien el cebo, dejar que se encandilase un poco. Ahora será capaz de ir hasta Alaska para matar a Rex Haley. Mientras no lo haya hecho, no permitiremos ronde a Irina más de tres minutos seguidos; tiene que comprender bien claramente que la muchacha es el premio si termina bien su labor. Por tanto, no le perdamos de vista.

—Tengo dos objeciones que hacer —advirtió el juez.

—¿Cuáles?

—Primera: Lou tiene sus revólveres, y se le puede ocurrir raptar a Irina, sin más, y salir de aquí con viento fresco.

—Es lo bastante listo para no hacerlo sin contar con nuestra

protección. De usted depende ahora que se nombre pronto nuevo sheriff. ¿Cuál es la otra objeción?

—¿Cómo me las arreglaré para justificar luego que, en efecto, lo de Lou Sikett fue un error, que no podíamos liberarlo?

—Eso se verá más adelante, juez. No costará gran cosa falsificar un oficio; déjelo en mis manos. Y, ahora, sigamos a esa mujer.

Irina aceleró su paso al cruzar por delante de Lou, que volvió la cabeza para seguirla en su camino. En sus ojillos habia una salvaje expresión de triunfo.

Caminó hasta el extremo de la calle, y al doblar la última lateral, se dio cuenta de que Lou Sikett la seguía. El miedo, un miedo incontenible, se apoderó entonces de ella.

Siguió caminando, sin embargo, mientras en su cerebro bullían mil ideas dispares, aunque todas igualmente angustiosas. Nadie en la calle parecía fijarse en ella; nadie la protegía acompañándola o mirándola siquiera. Oyó claramente a sus espaldas las pisadas recias y seguras de Lou Sikett, que se acercaba.

—¡Si das un paso más disparo, Lou!

El rufián e Irina Wanders se volvieron simultáneamente, Irina, con una expresión esperanzada en los ojos; Lou, con una rabiosa decisión en su mirada. Pat, que desde el centro de la calle, con un revólver en cada mano, había dado aquella orden, disparó. Pero Lou ya estaba en el suelo, y había «sacado». Las balas silbaron altas, mientras su revólver vomitaba plomo.

Pat Skitt lanzó un gemido de dolor, y soltó el arma al sentirse la diestra atravesada. Asombrado, sin dar crédito aún a lo que había sucedido, cayó de rodillas. Lou lo tuvo a su merced.

—¡No dispares!

Markett y el juez llegaban corriendo. Era Slump el que había hablado. Con el brazo extendido, se colocó junto a Pat.

—¡No dispares, Lou! ¡El te atacó primero, y de nada puedo acusarte por haberle herido! ¡Pero si ahora disparas, te convertirás en un asesino!

A Lou Sikett le hizo mucha gracia aquello. En verdad, a él no le asustaba ya convertirse en un asesino. Pero comprendió que un nuevo disparo le traería serias dificultades y enfundó su revólver.

Irina no llegó a ver aquello. Su primer impulso, al contemplar la caída de Pat, fue de huir. Sin saber cómo, se encontró corriendo

calle abajo, como una loca. Y en aquel momento, un solo nombre acudió a su mente como una tabla salvadora. Un solo nombre, entre tantos como en la población significaban algo: ¡Rex! ¡Rex Haley!

Si podía contar con la protección de Rex, estaba salvada. Y Haley no le negaría su ayuda. Le buscaría donde fuese, hasta en el rincón más peligroso de las montañas.

Cerca de allí estaba la herrería de Kasnelbett, la mejor de la población. Entró en ella, y preguntó si tenían un buen caballo.

—Sí, el mío. ¿Por qué?

—Necesito que me lo deje una hora. Se lo devolveré. Quiero dar un paseo por los alrededores.

Era muy extraña la pretensión de Irina, pero Pat Skilt, su prometido, era uno de los mejores clientes de Kasnelbett, y éste no solía hacer preguntas inútiles. Señaló a la muchacha un magnífico caballo blanco.

—No hay otro tan bien cuidado en toda la ciudad. ¿Va a montar así?

Irina se dio cuenta entonces de que iba con ropa de calle, con falda hasta los tobillos.

—Sí, a la amazona. No importa.

Ayudada por Kasnelbett se encaramó a la silla, y arrancó al trote largo, mientras su pensamiento trabajaba intensamente. Sabía que Rex no estaría en su antiguo rancho ni en ningún lugar fácilmente accesible, pero esperaba encontrarle pronto. Cuatro años antes habían recorrido juntos, a caballo, los alrededores de la población. Iban a muchos lugares, pero casi siempre a una vieja y deshabitada cabaña de troncos, donde hablaban largamente. Había sido allí donde ella le dijo una vez que no había en Massel un hombre que la atrajera tanto como él.

Aceleró el trote de su caballo. Desde el extremo de la calle, Lou la vio marchar. E inmediatamente tomó una decisión.

Dirigiéndose rectamente a uno de los caballos que había atados junto al más cercano de los porches, lo montó limpiamente, sin importarle quién fuese su dueño. El animal se resistió al principio, pero Lou lo dominó bien pronto, con un salvaje castigo de espuelas.

Unos segundos más tarde salía en persecución de Irina.

El juez fue uno de los primeros en levantar al ensangrentado Pat, pero no así Markett. Con los ojos entrecerrados había visto la acción

de Irina, y trataba de adivinar qué significaba aquello.

«Tal vez va en busca de Rex —pensó—. Realmente, no se me ocurre qué otra cosa puede pretender al salir de Massel en estas condiciones. Ese chacal no tiene nada contra ella, y la protegerá, en cuyo caso habrá de vérselas con Lou. ¡Magnífico! Quizá todo resulte más sencillo de lo que yo mismo había imaginado. Pero bueno será no perderles de vista.»

Minutos más tarde, Markett, con cuatro matones de su saloon poderosamente armados, salía al galope de Massel, siguiendo las huellas de Irina y de Lou.

La muchacha cabalgaba audazmente, a pesar de lo difícil del camino y de lo impreciso de la ruta que seguía. Hasta media hora después de su salida de Massel, no se dio cuenta de que la perseguía Lou. El rufián estaba a unas quinientas yardas de distancia, y no ganaba terreno, pues su caballo se resistía por todos los medios a obedecerle. Más de una vez, al pasar por entre paredes rocosas, el noble animal se había arrimado a ellas para despellejar la pierna de su jinete, consiguiéndolo plenamente. Con el vientre bañado en sangre esperaba el momento propicio para arrojarlo por encima de sus orejas, pese al extraordinario dominio de que Lou hacía gala. Este, con los dientes apretados en una mueca de rabia, miraba a Irina y castigaba cruelmente a su montura para que avanzase más.

La muchacha se dio cuenta entonces de que ahora estaba sola en las montañas, a merced de Lou… y con la sola ayuda de un caballo.

CAPÍTULO V

Rex Haley contaba por centésima vez los troncos que formaban la pared de la cabaña, cuando creyó percibir ruido de cascos de caballos en la lejanía.

Rápidamente se puso en pie. Aguzó el oído. El sonido parecía proceder del sur, precisamente de la dirección en que se hallaba Massel. Comprobó que los dos revólveres salían con facilidad de las fundas y abrió la puerta. Efectivamente: dos jinetes se dirigían hacia allí, casi pegados uno al otro.

A medida que se aproximaban distinguió que uno de los jinetes era una mujer: Irina Wanders.

Rápidamente extrajo su revólver, y apuntó al hombre que la perseguía. A aquella distancia no estaba seguro de acertar, pero al menos asustaría al hombre, haciéndole perder tal vez el equilibrio en su silla. Por unos segundos, Rex Haley pareció una estatua; tanta era su movilidad al apuntar. Pero antes de que apretara el gatillo, el hombre cayó. Fue el caballo quien ahorró a Rex trabajo y una bala.

El noble bruto había hallado por fin el momento propicio, deteniéndose bruscamente en medio de la galopada. Lou, impulsado por la inercia saltó por encima de las orejas del caballo, empotrando su cabeza en la arenisca del sendero. El animal dio media vuelta y emprendió el regreso a Massel, relinchando de alegría.

Pero Lou era duro de pelar. Y al incorporarse hizo algo que sólo un hombre de su catadura hubiese sido capaz de hacer. Levantando su revólver disparó contra una de las patas traseras del animal, que cayó al suelo con un estridente relincho de dolor.

Lou Sikett se acercó a él con los ojos llameantes de odio. El animal relinchó inútilmente, tratando de ponerse en pie.

Lanzando una maldición. Lou le clavó la puntera de su bota en el vientre. Luego extrajo su revólver e hizo seis disparos sobre el caballo desfalleciente: todo un tambor. Luego, sus ojillos buscaron a Irina.

Otros ojos contemplaban en aquel momento a la muchacha, pero eran bien distintos.

—¿Qué te ha traído aquí? —dijo simplemente Rex, luego de mirarla un rato.

—Ese hombre… —balbució Irina, descendiendo de su caballo.

—¿Quién es?

—Lou Sikett. Es un asesino.

—Lo he oído nombrar. ¿Qué quiere?

—Me quiere a mí.

Había una desnuda sinceridad en la voz de la muchacha.

Rex entrecerró los ojos. De un salto trepó de nuevo a la roca. Vio la brutal muerte que Lou infería a su caballo, y en las pupilas del joven hubo un brillo siniestro, maléfico. Casi maquinalmente extrajo de su bolsillo un trozo de tabaco en pasta y empezó a masticarlo lentamente.

No se movió de la roca cuando Lou empezó a caminar hacia allí, a pesar de saber que Irina estaba tan cerca.

Lou Sikett no podría verle hasta que estuviese bajo él, aunque sí podría ver a Irina. Y, en efecto, el rufián distinguió la grácil figura de la muchacha. Sus ojos brillaron siniestramente, y se movieron nerviosas sus manos.

Ya estaba bajo Rex Haley. Este mascó por última vez; hizo la bola de tabaco más espesa y más compacta. Un solo salivazo le bastó para arrojarla a la cara de Lou, que la recibió dos pulgadas debajo de su ojo derecho.

El movimiento con que intentó sacar su revólver fue fulgurante y digno de un maestro de las más peligrosas escuelas del gatillo. Pero no llegó a utilizar su arma.

Rex, sin levantarse, sólo inclinándose de costado, hizo fuego a través de la funda. Su única bala reventó contra el tambor del revólver de Lou, inutilizándolo. El rufián lanzó una imprecación.

—¿Preferías que te destrozase la mano? —Silvó Rex. Su expresión era sarcástica.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que tienes tú que ver con esa mujer?

—preguntó.

—Me llamo Rex Haley.

Los hombros de Lou parecieron sufrir una sacudida.

Pero no era hombre acostumbrado a la reflexión. Le quedaba un revólver y resolvió utilizarlo, sin darse cuenta de que era aquel cuyo tambor había vaciado al matar al caballo. Pero Rex tampoco le dio ocasión para que su memoria se refrescase. Un segundo balazo, disparado en la misma postura y forma, hizo saltar el arma de la mano de Lou, arañándole esta vez los nudillos.

—Si te gusta puedo tirar un poco más abajo, valiente.

Ciego de rabia, desenfundó un viejo cuchillo anejo al cinturón canana, y del que nunca se separaba. Calculó que un salto le bastaría para caer sobre Rex, pero se equivocaba. El joven le recibió con una patada al mentón que le envió contra el suelo.

Rex cayó junto a él, de un salto. Su espuela trazó un segmento rojo en el pecho de Lou, haciendo brotar la sangre.

—Estás en la misma postura que tu caballo. ¿Por qué nó te levantas?

Lou fue a intentarlo, sin soltar su cuchillo, con los ojos fijos en la boca de Rex. Rugiendo, trató de ponerse en pie, haciendo palanca en una rodilla. Rex le propinó una brutal patada al plexo solar, haciéndole caer desfalleciente y con una saliva rosada brotándole de la boca.

—Estás atrasado, Lou. Tú sólo sabes matar caballos a puntapiés. Yo sé matar hombres.

Hubo un brillo de terror en los ojos del rufián.

Saltó bien esta vez, logrando ponerse en pie, pero sin hallar desprevenido a Rex. Este le cazó con un gancho a la mandíbula que le hizo crujir de lado a lado la cabeza. Lou cayó pesadamente y recibió otro puntapié, esta vez en el estómago. Soltó el cuchillo. De su boca empezó a brotar ahora un torrente de sangre.

—Eres… muy valiente, Haley. Me pillaste… desprevenido. ¿Por qué no dejas que me ponga en pie?

Hubo en los labios del joven una sonrisa desdeñosa.

—Hazlo…

Lou empezó a incorporarse, sin apartar sus ojos de las piernas de Rex; suponía iba a derribarle, tal vez para siempre, con un nuevo golpe. Pero Haley no se movió. Le dejó ponerse en pie, apartarse de

él y tomar distancia para la acometida.

Rugiendo, con los brazos entreabiertos, el pistolero se abalanzó sobre Rex en un vano intento de hacerle perder el equilibrio. Logró asirle por la cintura, pero fue como si sus brazos debilitados hubiesen intentado derribar un roble centenario. Rex le golpeó la nuca y el cuello con ambas manos alternativamente, haciéndole lanzar un mugido. Luego le clavó la rodilla en el estómago, impulsándole hacia atrás. La barbilla ensangrentada de Lou fue durante unos segundos como una tentación para su puño izquierdo, pero la despreció para castigar el hígado por dos veces, en golpes de efectos mucho más perniciosos y duraderos. Y a partir de aquel momento ya le fue imposible comprender lo que sucedía.

Volvió a ver como entre sueños aquella línea seca en los labios de Rex, y acto seguido sus puños, que se movían como dos molinetes. Los vio y los sintió. Sus labios destrozados ardían como si fuesen de fuego. Sentía la sangre en su barbilla, en su pecho, manando sin cesar como una fuente que se llevase su vida. Quiso dejarse caer al suelo, pero no pudo. Eran los mismos golpes de Rex los que le impulsaban de un lado a otro, sin dejarle desplomarse, obligándole a mantener un equilibrio de guiñapo. Bamboleándose, llegó hasta el borde de un corte entre las rocas, cuya profundidad era de quince a veinte pies. Su cuerpo sangrante quedó empotrado entre dos rocas, debajo de su vencedor y por completo a merced del balazo de éste.

Rex extrajo una de sus armas, y sopló suavemente el cañón, mirando a Lou con ojos inexpresivos, carentes de todo sentimiento. Porque cuando Rex había clasificado a un ser humano como una alimaña despreciable, no se detenía a pensar en que un balazo encierra siempre una crueldad. Apuntó, y se entrecerraron sus ojos. Pero no hizo fuego.

«Ya tiene bastante castigo —pensó de repente—. Nunca he matado a un hombre en estas condiciones.»

Se volvió, trepando por la roca hacia donde Irina se hallaba aguardándole. La muchacha tenía el rostro arrebolado por la emoción, y sus ojos brillaban como nunca.

—Lamento que hayas tenido que presenciar todo esto, Irina.

—No lo lamentes, Rex. Esta ha sido una de las situaciones más hermosas que recuerdo haber vivido.

Los ojos del hombre la miraron intensamente, perfilando su figura.

—Tú eres demasiado hermosa para vivir esas emociones, Irina.

Y ella sintió que aquellos ojos la atravesaban como cuchillos. Sintió que el tiempo había dejado de existir, y que ella no era ya la prometida de Pat Skilt, uno de los hombres más ricos de Oregón, sino la muchacha sin ambiciones que un día, en aquel mismo sitio, cuando Rex no era un proscrito, dijo que se sentía atraída por él.

De pronto, cerca de donde estaban, sonó un rumor de pasos.

Markett y sus cuatro hombres montaban buenos caballos, y habían salido en persecución de Lou a muy poca distancia de éste. Pero les bastó perder momentáneamente su pista para retrasarse unos veinte minutos. Aquellos veinte minutos fueron los que empleó el forajido en torturar a su caballo, en enfrentarse con Rex… y en todo lo demás…

Fue Markett el primero que lo vio.

—Frenad —ordenó—. Allí hay un hombre tendido. Descended de los caballos.

Sus tres secuaces obedecieron, y a partir de aquel momento avanzaron ya reptando entre las rocas. A unas cien yardas, para Markett se hicieron ya más concretos los perfiles de aquel hombre. Y entonces una mueca de incredulidad y de estupor apareció en su rostro.

—Parece Lou Sikett —murmuró para sí—. Pero ¿cómo es posible…?

Hizo una seña a sus hombres para que extremaran las precauciones. Los cinco, con sus revólveres a punto, siguieron avanzando entre las rocas. Markett no pudo evitar, sin embargo, resbalar y producir un ligero ruido.

Fue el que Rex Haley oyó cuando Irina había cerrado los ojos, esperando que se acercase a ella. De un salto se plantó en el borde de las rocas, mirando hacia abajo.

No vio a nadie. El cuerpo de Lou seguía entre las dos rocas, aunque ahora el forajido parecía recobrar el conocimiento y hacer algunos débiles esfuerzos por ponerse en pie. Rex dedujo que era él quien había causado aquel ruido.

Markett y sus hombres estuvieron agazapados, sin respirar siquiera, hasta que Rex se retiró de su observatorio. Por precaución

dejaron transcurrir unos minutos más, antes de moverse. Luego, Markett, ya más tranquilo, se acercó a Lou. El rufián respiraba ansiosamente.

—Ese… perro… de Haley… —susurró.

—¿Ha sido él quién te ha puesto así? ¿El solo?

—Es una hiena. Tiene garras… no puños. Hice… un mal negocio.

Había tanta cobardía en la voz de Lou, que Markett llegó a temer delatase sus manejos con tal de librarse de su compromiso. Estuvo a punto de perforarle la sien de un balazo, pero el pensamiento de que Rex oiría la detonación, le contuvo.

—No eres más que un cerdo —mascullό—. No merecías que me rebajase a hacer un pacto contigo. Pero ya arreglaremos eso.

Cautelosamente, como un reptil, siguió ascendiendo hacia la cabaña. Tenía cuatro hombres a sus espaldas, los cuatro, buenos tiradores y decididos a todo. Y si Rex Haley estaba distraído, aquélla sería la última hora de su vida.

El joven, entre tanto, había indicado a Irina que entrase en la cabaña. La muchacha estaba visiblemente alterada por los últimos sucesos, y necesitaba un breve descanso.

—Yo voy a lavarme —le dijo—. No habrás olvidado que pasa un arroyo por aquí cerca…

Y salió. Una vez fresco y limpio volvio a la pequeña cabaña. Irina se había sentado junto a la única ventana.

—¿Por qué se te ha ocurrido venir aquí, Irina? —dijo.

Ella le miró. Había en sus ojos una especie de súplica.

—No tenía quien me defendiese, Rex.

—¿Entre los tres mil habitantes de Massel? ¿Cómo es posible?

—Estoy prometida a un hombre. Pat Skilt, tú ya le conoces. Ibamos a casarnos la próxima semana. El intentó defenderme, pero ese asesino le agujereó la mano de un balazo.

—¡Ah!

La exclamación de Rex había sido pensativa, un poco dolorosa.

—Comprendo que es un poco duro para ti el que te hable de esa manera, Rex. Que te diga que estoy prometida a otro hombre, y que voy a casarme la semana próxima.

—No te importe. Han pasado cuatro años.

Tomó asiento cerca de ella, en un tronco, y miró al vacío.

—Pat Skilt… casi no puedo recordar quién es. Estos malditos años han borrado de mi memoria casi todas las imágenes antes tan conocidas. Incluso, cuando entré en el pueblo, no recordaba bien dónde estaba el saloon de Markett. ¿Sigues siendo una de las muchachas más ricas de Massel, Irina?

—Debo confesar que sí.

—En tal caso, todo lo que ha sucedido debemos darlo por bueno. Pat Skilt es un hombre respetado, y posee una de las más sólidas fortunas de esta tierra. Yo no soy más que un proscrito.

—¡Pero tú eres inocente, Rex!

—Eso no es más que una frase bonita. Los hombres que me condenaron lo sospechaban también. Pero había disparado contra aquellos dos salvajes ayudantes del sheriff…

—Todos sabemos en Massel que hicieron fuego contra ti antes de conminarte a la rendición.

—¿Todos? Algunos parecen haberlo olvidado. Lo prueba el recibimiento que me tenían dispuesto.

Rex seguía mirando al vacío, y aquello dio fuerzas a Irina, que clavó sus hermosos ojos en él.

—Debes marcharte de aquí, Rex.

—¿Por qué?

—Nada bueno puede aguardarte en esta tierra. ¿Por qué no vuelves a California?

—Nada tengo que hacer allí.

—¿Y aquí?

—Me gustaría recuperar el rancho de mi padre.

Los ojos de Irina se nublaron por un momento. Fue aquella sencilla frase de Rex la que le hizo recordar la plena conciencia de la situación. El viejo rancho de Rex… el racho que se repartieron los siete miembros del Jurado. Siete hombres, de los cuales uno ya estaba muerto. Y entre los otros se contaba Pat Skilt…

—Aquello fue vergonzoso, Rex —dijo, tratando de sondearle.

—Sí, en efecto. Que en una ciudad no hubiera siete hombres dispuestos a formar un Jurado por miedo a las represalias, que hubiera que repartir entre ellos, para que se atreviesen, el rancho del hombre al que iban a condenar, es un episodio único y vergonzoso en la historia de esta tierra. Por cierto, oí decir que la fortuna de Pat Skilt proviene de la zona que le tocó en suerte.

Se envaró el cuerpo de la mujer, se hicieron duros sus ojos.

—Pat era rico antes de eso, Rex.

—No, Irina, no trates de justificarle disfrazando los hechos. Pat no era más que un ganadero sin porvenir, cuando le correspondió en el reparto la zona oeste de mi rancho. Un año después, la compañía ferroviaria que había de unirnos con California, le ofrecía un buen precio por aquel terreno. Eso es lo que oí decir en San Francisco. Y oí decir también que Pat la había cedido gratuitamente con una sola condición: ser, durante ocho años, el único ganadero que pudiera transportar reses por esa línea, desde Oregón a California. Como garantizaba un mínimo de cabezas muy elevado, la compañía accedió. Cuando los otros ganaderos dieron en protestar, advirtiendo la importancia de aquella línea férrea, ya era tarde. Pat se ha hecho fabulosamente rico en cuatro años, pues hay lugares de California donde el ganado se busca tanto como el oro. Y tiene cuatro años más para redoblar su fortuna… en compañía de su esposa.

Se hizo más rígida la postura de Irina, más desafiante la actitud de su barbilla.

—Y tú estimas que todo el dinero que Pat ha logrado acumular, debió ser tuyo, ¿no es cierto?

—¡Oh, no! Para conseguirlo no hacía falta tan sólo un pedazo de tierra. Hacía falta también ser muy listo. Y yo no lo soy.

—Hablemos claramente. ¿Para qué quieres tu rancho?

—Para vivir, simplemente, en él. Perteneció a mi padre, quien fue el único hombre de Massel que lo supo defender contra los indios. Allí estaba enterrada mi madre, si es que al trazar la línea férrea no profanaron su tumba. Me gustaría vivir en él; eso es todo. Con este objeto he vuelto a Oregón.

—Tú sabes perfectamente, sin embargo, que para conseguirlo tendrás que matar a seis hombres. Tendrás que atemorizar a toda la población para que se revoque el acuerdo que te privó de él.

Por primera vez en la conversación, los ojos de Rex se posaron firmemente en los de Irina.

—Parece como si la ciudad de Massel te hubiese delegado para echarme en cara lo que se piensa de mí.

—No me importa lo que piense la ciudad de Massel. Sólo he hablado de lo que pienso Yo.

—Y de los intereses de Pat Skilt, ¿no es cierto?

Irina se llevó una mano a los cabellos, bajando la mirada.

—Debo reconocer que los intereses de Pat Skilt son importantes para mí, Rex —murmuró.

—No te lo reprocho.

Se había levantado y volvía a estar frente a ella, dominándola con su estatura, con la fuerza de sus ojos.

—No estoy enamorada de él, Rex. No siento a su lado la menor turbación, la más pequeña inquietud. Pero él puede dar solidez a mi vida. Es un matrimonio que me conviene, y que va bien con mi carácter de mujer reflexiva. Aunque a veces, Rex, a veces…

Alzó la cabeza para encontrarse reflejada en los ojos del hombre, vencida por el extraño poder que de ellos emanaba. Aquellas facciones serenas, aquella expresión a la vez dulce y dominadora de Rex, la hicieron sentir una turbación contra la que ya se creía inmunizada.

—A veces, ¿qué…?

—Siento deseos de no tener que pensar, de no tener que ser yo quien decida mi vida.

El le sujetó los brazos, casi sin darse cuenta de lo que hacía. Insensiblemente, lentamente, la atrajo hacia sí. La cabeza de Irina reposó en su pecho. Sus cabellos cobrizos, largos y sedosos, eran una tentación para su mano ruda, que empezó a acariciarlos.

El silencio que los dos guardaban, fue lo que le permitió oír aquel extraño chasquido a su espalda. Un chasquido metálico.

Dando un empujón a Irina, Rex se volvió con la velocidad de un reptil acosado. Su revólver derecho saltó al aire, como movido por un resorte y no por una mano. Hizo fuego contra la ventana, donde se recortaba el busto de un hombre. El desconocido recibió el balazo en la cabeza y cayó como un muñeco, sin haber tenido tiempo para disparar. Pero tras él, Markett hizo fuego. Irina lanzó un grito, al contacto del plomo quemante.

CAPÍTULO VI

Al comprender que la muchacha había sido herida, Rex disparó dos veces más, con los dientes apretados, y Markett salvó la vida gracias a su agilidad, que le permitió echarse al suelo a tiempo. Desde allí reptó para ponerse a cobijo de nuevos tiros, tras una esquina de la cabaña.

Rex, sin dejar de encañonar la única ventana, hizo rodar con el pie el tronco en que antes se sentara, apoyándolo contra la puerta, tomada esta precaución se agachó y, retrocediendo sobre sus talones, llegó hasta Irina. Esta había caído al suelo y se apretaba el brazo izquierdo, del que brotaba sangre. Una sola mirada bastó a Rex para convencerse de que la herida no ofrecía ningún peligro, que se trataba de un simple rasguño más aparatoso que temible.

Volvió a avanzar hasta colocarse bajo la ventana. No se escuchaba ahora el menor rumor fuera de la cabaña. Se dijo que no podían ser muchos los atacantes, cuando habían logrado llegar hasta allí en tan absoluto silencio.

Animado por este pensamiento, Rex aguardó la inevitable acometida. Supo bien pronto que uno de sus enemigos estaba en la esquina de la cabaña porque desde allí oía su afanosa respiración. Resolvió vigilar bien aquel lado.

—Rex —llamó Irina, débilmente—. Rex…

El volvió un poco la cabeza, sin olvidar la vigilancia.

—Deja que salga yo. Les convenceré para que se vayan. Les prometeré que tú vas a volver a California.

—Los hombres de poca ambición, como yo, siempre mueren en el lugar donde han nacido —le dijo.

En aquel momento, dos balas rebotaron en el alféizar de la ventana, silbando trágicamente por el interior de la cabaña. Por la

poca frecuencia de los disparos y la dirección de éstos, Rex dedujo que no debían ser más de cuatro los hombres que le atacaban. Aquello les hizo sonreír, porque en Massel habían sido más de una docena.

—Si es que quieres matarme, Markett —gritó—, ¿por qué no me invitas a beber uno de tus malditos licores? Eso sería más que suficiente…

Mientras hablaba iba retrocediendo poco a poco, siempre sobre sus talones, hasta tocar con sus espaldas la puerta. Se sentó en el tronco, y aguardó tranquilamente con los revólveres a punto. Esperaba que Markett perdiera los nervios antes que él, y así sucedió.

Uno de sus hombres recibió órdenes para trepar a lo alto de una roca, desde donde se divisaría parte del interior de la cabaña, a través de la ventana. Rex Haley le vio ascender y cuando le tuvo perfectamente a tiro hizo fuego dos veces. Las dos apuntando a la misma pierna. Era suficiente para que el hombre perdiese el equilibrio, cayendo por el corte rocoso bajo el que se hallaba Lou. Una maldición partió de los labios de Markett, al extremo de la cabaña.

—Te aconsejo que pidas refuerzos —gritó nuevamente Rex—. Si esto sigue así, dentro de quince minutos estaremos tú y yo solos para charlar amigablemente…

Markett no contestó. Debía de estar estudiando ansiosamente un plan para el asalto a la cabaña. Por fin, pareció resolver que seguir el consejo del propio Rex sería lo mejor, porque momentos después se oyó el galope de un caballo que se alejaba. Uno de los hombres iba hacia Massel en busca de refuerzos.

—Rex —pidió con voz suave Irina, desde el suelo—. Acércate.

El obedeció. Otra vez el suave perfume que irradiaba la piel de la muchacha le convirtió en su prisionero.

—Es extraño —dijo en voz muy baja, como para sí mismo—. Es la segunda vez que me acorralan hoy, y las dos veces he estado en compañía de una mujer.

Se ensombrecieron los ojos de Irina.

—¿Quién era la otra?

—Suzy Clay.

Se cerraron fuertemente los labios de Irina.

Se contuvo a tiempo. Sus ojos se elevaron hacia Rex.

—Comprendo que no es éste el mejor momento para preguntártelo, Rex, pero tal vez no volveremos a vernos en mucho tiempo. Quizá esta herida no sea tan insignificante como tú y yo pensamos, y me impida verte más. Por eso quiero preguntarte: ¿qué he significado yo para ti durante esos cuatro años?

—Un hermoso sueño. —La respuesta de Rex había sido rápida, sin vacilaciones—. E irrealizable, como todos los sueños.

Aun en aquel momento, Rex seguía vigilando atentamente puerta y ventana. Sabía, no obstante, que hubiera podido echarse a dormir con toda tranquilidad. Markett y sus hombres se limitarían a impedir que saliera de allí; nunca serían tan estúpidos como para arriesgarse a un ataque a cuerpo limpio antes de la llegada de refuerzos.

El tenía la mirada fija en la ventana, y había soltado casi uno de los «Colt», que sostenía con los dedos. Por eso no pudo evitar el movimiento rapidísimo de Irina, que se lo arrebató de las manos.

—Quieto, Rex.

Hubo una inflexible determinación en la voz de la muchacha. Rex, atónito, se vio encañonado por el ojo negro de su propio revólver. Y aunque tenía otro en las manos no se le ocurrió ni por un momento usarlo contra Irina. Sus labios se cerraron con dureza, pero eso fue todo.

—Retrocede.

El obedeció, caminando sobre sus talones hasta colocarse de espaldas a la puerta.

—Ahora suelta ese revólver.

Rex miró a Irina con unos extraños ojos donde se leía sorpresa y compasión a un tiempo. Sabía que le bastaría un solo disparo para desarmar a la muchacha, aunque no estaba muy seguro de acertar precisamente en el revólver que ella sujetaba con todos sus dedos. Quizá, al disparar, le destrozase la mano. Y eso fue lo que le detuvo. Con un ademán negligente, arrojó el arma al centro de la pieza.

—Bien, ¿qué es lo que pretendes ahora?

—Que te entregues a esos hombres.

—¿Estás loca?

—He dicho que te entregues a esos hombres, Rex.

Entre los labios del joven, la saliva era tan amarga como la hiel.

—Gracias por todo, Irina. Cuando me ejecuten pediré, como última voluntad, que te dejen tirar de la cuerda.

—No te ejecutarán.

—¿No? —La voz de Rex era burlona.

Hablaban quedamente, para que desde fuera no pudieran entender sus palabras.

—Voy a facilitarte la huida, Rex. Voy a hacerlo con una sola condición: que te marches inmediatamente a California, a Nevada, a Washington o a cualquier sitio que no sea Oregón. Y que me prometas no volver por aquí ni pensar más en esta tierra.

—Es bastante, Irina. ¿Y si no lo hago?

—Si no lo haces te mataré, Rex.

Iba a añadir que no toleraría ver revuelta su vida de arriba abajo, hundido a Pat y fracasados sus planes de ser la mujer más rica de Oregón. Pero no fue necesario, porque todo ello se traslució en sus ojos. Insistió, con voz enérgica:

—Te hago un favor, Rex. Voy a salvarte la vida, y espero que me lo agradezcas enmendando tus errores, pensando que jamás debiste volver a poner los pies en esta tierra. Llama a Markett en voz alta, y dile que te rindes.

—¡Que me rindo yo ante ese tahúr…!

—Sé que obro como mejor conviene a los dos, Rex. Dilo.

Mordiéndose los labios, él gritó:

—Comprendo que estoy perdido, Markett. ¡Bajad las armas, porque voy a salir con los brazos en alto!

Un murmullo de incredulidad partió a la vez de los dos ángulos de la cabaña.

—¡Hablo seriamente, Markett! Puedes apuntarme cuando salga.

La voz del tahúr sonó bajo la ventana.

—Empieza abriendo la puerta, Haley.

Este iba a obedecer cuando sonó, a su espalda, la voz de Irina:

—Repito que lo que voy a hacer es para que te marches bien lejos de Massel, Rex. Voy a exponerme al descrédito, e incluso a que se tomen represalias contra mí, sólo para eso. Pero si alguna vez vuelves a poner los pies aquí yo seré, como bien has dicho, la que tire de la cuerda.

Los ojos del joven la miraron con tan cruel indiferencia que Irina se creyó en la obligación de añadir:

—Es lo mejor para los dos. No tendrías salvación si yo no hiciese esto…

Pe, o la voz de Markett cortó su frase, que prometía ser más larga.

—¡Abre esa puerta, Rex!

El lo hizo, apareciendo en el umbral con los brazos en alto. Frente a él vio dos hombres, uno de ellos herido, encañonándole con sus rifles. Y, a un lado de la cabaña, Markett, que le apuntaba con su «Colt».

—Más altas las manos.

Haley obedeció con una estrecha sonrisa.

—¿Dónde están tus revólveres?

—En el interior de la cabaña.

Todos miraron sus fundas vacías con una expresión de tranquilidad. A ninguno de los tres se le ocurrió entonces pensar en Irina, o al menos pensar en ella relacionándola con una posible ayuda para Rex. Markett se acercó a él con el revólver a punto.

—¡No te llevaremos vivo a Massel! —rugió.

Sus ojos rodaron en busca de un árbol. Dieron inútilmente la vuelta al paisaje rocoso y, al volver a Rex, encontraron junto a él la gentil figura de Irina, que llevaba ambas manos a la espalda.

—Tiene que protegerme hasta llegar a la ciudad, Markett —dijo ella—. Ese hombre…

—¿Ha tratado de ofenderla?

Irina bajó los ojos, como dando una muda respuesta afirmativa. Y se deslizó tras el joven para colocarse junto a Markett.

—¡No tema, no volverá a inquietarla más! —barbotó—. Usted misma verá cómo le colgamos. ¡Servirá para ello una de las vigas de la cabaña!

—Tendré un placer en ello, Markett.

Estaba ya a su espalda y entonces se movieron sus brazos. Los dos hombres de Markett vieron que había sangre en la blanca piel de la muchacha, y vieron también algo más: dos revólveres que se clavaron como sanguijuelas en la espalda de su jefe. Este dio un respingo, mientras Rex bajaba los brazos.

—Quieto, Markett —la voz de Irina era firme—. ¿O quiere probar lo delicioso que es morir achicharrado por una mujer?

Los dos secuaces fueron a intervenir, pero Markett les detuvo

con un movimiento de cabeza.

—¡Quietos! —Sabía que respondía con su vida de la conducta de aquellos hombres, y por eso añadió, aparentando firmeza—: ¿Está usted loca, Irina?

—Lo estoy. Y a los locos no les importa mover un poco los gatillos. Diga a sus hombres que suelten esas armas.

Al soltar sus rifles los dos secuaces de Markett, Rex saltó hacia ellos, apoderándose del más nuevo y rompiendo el otro como una caña encima de su rodilla, pues el cañón estaba desencajado y saltó al menor esfuerzo. Hecho esto, quitó a cada uno de los hombres su revólver, y se enfundó los dos. Reparó entonces en que Markett aún no había soltado su arma. Se la arrancó de un manotazo, arrojándola entre los peñascos.

—Ya está conseguido, Rex. —Irina seguía detrás de Markett—. Ahora debes cumplir lo que yo te he pedido.

—Así lo haré —contestó él.

Markett no sabía de qué hablaban. Sus palabras cruzaron el rostro de Rex, secas como un trallazo:

—Eres un cobarde.

Nadie había dicho aquello a Rex. Su dedo se engarfió instintivamente en el gatillo del rifle.

—Sí. Un cobarde que se ampara en mujeres. Eso eres tú: una alimaña que siempre ha contado con delicadas protecciones femeninas. Suzy te salvó la vida una vez. Ahora te la salva Irina.

Rex no contestó. Aquello era cierto; las circunstancias lo habían dispuesto de tal modo en momentos tan dispares de su vida. Y como hubiese tenido que estar hablando más de un cuarto de hora para explicar todo aquello a Markett, decidió callar. Lo que le roía el corazón era pensar que había de marcharse de allí cuando todos pensaban que era un cobarde.

—Espero no encontrarte más, Markett.

—Evítalo. Te conviene.

El joven dio media vuelta, sin querer mirar a Irina. Deseaba de todo corazón que su herida no tuviese importancia. Eso y nada más. Se alejó a largas zancadas en busca de su caballo, al que había preparado un refugio entre las rocas cercanas. Irina le vio marchar sin un parpadeo, sin un fruncimiento de labios.

Cuando lo hubieron perdido de vista, bajó los revólveres que

amenazaban a Markett.

—Lléveme a Massel —dijo—. Ahora.

Markett no hizo ningún comentario. Sólo la miró rabiosamente, con odio, como prometiendo sin palabras que aquello no acabara allí. Empezaron todos a descender, y entonces vieron a Lou Sikett.

Irina había creído hasta aquel momento que Lou estaba muerto, pero se equivocaba. Lou vivía aún.

Y la estaba mirando.

CAPÍTULO VII

Con las facciones completamente destrozadas, y los ojos inyectados en sangre, Lou se acercó a Irina Wanders.

Sus piernas apenas le sostenían, y su barbilla aún goteaba sangre.

—Esta arpía… —tartajeó. Y sus manos fueron hacia la garganta de la muchacha.

—¡Quieto, Lou!

Markett apoyó sus palabras con un movimiento de los revólveres de Rex, que arrebatara a Irina.

—Ese tipo la estaba esperando. Es aliada de Rex Haley. Merece… la muerte.

Markett acarició con su dedo el gatillo. Aquél era el momento de acabar con Lou, quien se había revelado como inútil para la misión que le encomendaran.

—Te estás poniento muy impertinente, amigo.

Sus ojillos se entrecerraron y su presión sobre el gatillo se acentuó un poco más. Pero en aquel momento algo vino a salvar la vida de Lou Sikett: un suceso intrascendente con el que nadie contaba.

Uno de los dos hombres de Markett había contado los caballos que tenía bajo su vista.

—Va a faltar uno, jefe. Sólo tenemos nuestros cinco animales, pues Glenn, que había ido a pedir ayuda, ha dado media vuelta y regresado. El caballo de Lou está muerto, el que trajo a Irina hasta aquí ha escapado como si hubiese visto al diablo. ¿Qué vamos a hacer?

Markett iba a responder: «Pues ir dos en un caballo; no me molestes más, estúpido», pero aquella frase le hizo pensar en algo

más. Y eso salvó la vida a Lou.

Quería, ante todo, humillar a Irina, escarnecerla, hacer que se arrepintiera de haber facilitado la fuga a Rex Haley. En cuanto llegasen a Massel nada práctico podría hacer contra la muchacha, porque ésta contaba en la población con influencias más que suficientes para evitarlo, pero mientras estuviesen allí… Se insinuó en sus labios una sonrisa al pensar en qué magnífico y a un tiempo disculpable medio tenía para ofender a Irina hasta el último extremo imaginable.

—No te preocupes… Ya que falta un caballo, solucionaremos rápidamente el problema. Irina y Lou irán en la misma silla.

Se revolvió la muchacha como si la hubiese picado una serpiente.

—¡Canalla! —chilló—. ¡Antes iré andando a Massel! ¿Quién se ha creído que es para ordenarme eso? ¿O piensa que voy a obedecerle como una niña? ¡Lou no se acercará a una yarda de donde yo tenga los pies!

Era humillante, era abominable otra vez la expresión del rufián, cuyas facciones parecían más horribles que nunca deshechas por los golpes. Bastaron a Irina fracciones de segundo para arrepentirse de haber obligado a marchar a Rex, pues jamás lo hubiera hecho de saber que aquel hombre continuaba vivo. Chilló al verle acercarse, y cuando la atrajo hacia sí, estuvo a punto de sufrir un desmayo. De un solo tirón, Lou la montó sobre el más próximo caballo. Luego subió tras ella, jadeando, con las dos manos apretadas en su cintura.

—Bueno, ¿qué miráis vosotros? —La voz de Markett era áspera —. ¡A los caballos, pronto!

Dejando un muerto junto a la cabaña, los cinco corceles partían al trote un momento después. Irina, con la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta, los ojos cerrados, vivía el momento más amargo de su vida.

¡Canallas! —gritó, dirigiéndose a los hombres que la escoltaban —. ¡No olvidaré esto, Markett!

—Puede que a mí no me sea fácil justificarme, Irina, pero a usted muchísimo menos. Todos somos testigos de que ayudó a escapar a Rex cuando le teníamos en la trampa.

¿En la trampa? ¿Quién cree que le obligó a rendirse, idiota?

Lou impidió que la muchacha siguiera hablando, besándola en la

nuca. Irina lanzó un chillidoo.

—¡Suélteme! ¡Bandido! ¡Suélteme…!

Su voz murió rota cuando los labios de Lou volvieron a cerrarse sobre su piel. Y entonces el rufián apretó espuelas.

Aquellos minutos le habían bastado para pensar. Lou Sikett no era tonto, y comprendió que por su desdichado pacto con Markett y el juez había obtenido una soberana paliza, siendo muy problemático que en adelante le aguardase otra cosa que la muerte como consecuencia de todo aquello. Por lo tanto, valía la pena intentar la huida, ahora que estaba en posesión de las dos cosas que más había anhelado en su vida: la libertad y aquella mujer de piel tan fina y facciones tan aristocráticas, una mujer como no volvería a encontrar jamás en las rutas del Oeste. Valia la pena intentar la huida cuando su caballo era el mejor de todos y, aunque con doble carga, el de paso más rápido y seguro. Tal vez Markett y sus hombres no se atreverían a disparar con demasiada insistencia sobre él, si en algo apreciaban la vida de la muchacha… Y por eso Lou Sikett probó fortuna. Por eso picó espuelas, saliendo como un rayo en dirección a las montañas de su derecha.

Irina gritó desesperadamente, adivinando cuál sería el fin que la aguardaba. Markett lanzó una maldición, y sus revólveres salieron a la luz en fracciones de segundo. Pero no hizo fuego por no correr el riesto de matar a Irina, como bien había pensado Lou. Se limitó a repetir su maldición, con el rostro rojo por la ira.

—¡Pronto! ¡A él! —bramó.

Junto con sus dos hombres sanos partió al galope en persecución de Lou, dejando a Fred, el herido, incapaz ya de nuevos esfuerzos. Doblado como un pelele sobre la silla de su montura, que se detuvo indecisa. Con las riendas sueltas, los revólveres en las manos, Markett apretó los dientes en una mueca de rabiosa decisión.

Hizo fuego contra el caballo del fugitivo, pero la bala silbó bajo el vientre del animal, rozándole sólo como un aguijonazo. Eso enardeció más a la bestia, que redobló su galope. Markett se inclinó sobre la silla, entrecerró los ojos y levantó de nuevo su revólver derecho. No fallaría esta vez. Lou sabía demasiado para vivir.

Pero no tuvo ocasión de disparar. De repente, una bala de rifle silbó sobre su cabeza, arrebatándole el sombrero.

Con una mueca de indecible estupor, Markett desvió su caballo,

buscando protección entre unas rocas cercanas. El disparo se repitió, volando ahora el sombrero de uno de sus hombres. Quien tirase lo hacía de cerca, con increíble precisión y con un buen rifle. Markett decidió saltar de su caballo, abandonar la persecución de Lou, y guarecerse por completo entre los peñascos. Sus dos hombres pronto le hicieron compañía.

—Tiran de cerca —jadeó—. Y el que lo hace es un verdadero diablo.

—Yo conozco bien el estallido tan especial de ese rifle —susurró uno de sus satélites—. ¡Apostaría mis diez dedos a que es el mío, el que Rex nos quitó hace poco!

Los tres hombres se miraron a la vez, consternados. Los tres tenían gotitas de sudor perlando sus frentes. Y los tres sintieron frío.

—¡Ese perro…!

—No es hora de lamentaciones, Markett. Si la muchacha creyó que realmente se largaría lejos de Massel, fue una verdadera estúpida. ¡Ese hombre vino aquí para acabar con los siete que le condenaron a muerte!

¡Calla, imbécil! —Markett escupía las palabras—. Somos tres y podremos acorralarle… Toma tú un revólver, Haskins, y trepa por la derecha. Yo lo haré por la izquierda. Si obramos con precaución su situación será pronto más delicada que la nuestra. Tu, Warren, te quedarás de observación aquí, protegiendo nuestro avance. Procura ver dónde está ese tipo. Si yo debo ir hacia la derecha para encontrarle, haz dos silbidos cortos; si hacia la izquierda, tres. Para Haskins lo mismo, pero con silbidos un poco más largos. Y si se te pone a tiro…

Pero, pese a ese lujo de estrategia ideado por Markett, ni él ni sus hombres encontraron rastro de su agresor en las dos fatigosas horas que duró su búsqueda. Al principio, creyeron que Rex se ocultaba para buscar un buen blanco y acribillarles uno a uno. Luego, en vista de su silencio, pensaron que se reía de ellos. Por fin, los tres acabaron buscando a pecho descubierto, furiosamente, pero sin hallar más huella de Rex que la que hubiera dejado un escorpión.

La inesperada intervención de Rex significó la salvación para Lou Sikett. Cuando la bala de Markett rozó el vientre de su caballo, se vio tan perdido como una serpiente en un cristal, pues su

perseguidor no fallaría el segundo tiro. Y cuando la bala de rifle silbó muy por encima de su cabeza para llevarse, en cambio, el sombrero de Markett, sus labios se abrieron en una carcajada. No sabía quién era su salvador ni le importaba saberlo. Seguramente alguna pandilla de merodeadores quería alejarlos de allí.

Pocos minutos le bastaron para alejarse de sus perseguidores. Media hora de galopar incesante le dio luego confianza para pensar que sus peores momentos habían pasado. Ahora disponía de Irina Wanders, la muchacha más admirada de Massel. No tenía por qué seguir con ella. Media hora le bastaría para su propósito.

La arrojó violentamente del caballo, saltando él a continuación. La muchacha le miraba con una lastimosa expresión de terror, vencida y entregada a su destino irremediable. El suelo en que había caído era arenoso, y hundió los dedos en él. Sus labios se crisparon y su boca se llenó de una saliva amarga. Lou se acercó a ella.

De repente, cambió la dirección de los ojos de Lou. No había oído ningún ruido, no había visto a nadie. Pero olfateó el peligro. Sus ojos se desviaron más, cuando sobre el lecho arenoso empezó a perfilarse una sombra.

Era una sombra larga, inconfundible: un caballo y su jinete avanzaban hacia él. Lo hacían lentamente, con majestad, con esa impresionante ceremonia de que a veces parece rodearse la Muerte. Los labios de Lou se entreabrieron en un rugido cuando vio aparecer tras las rocas, más cercanas, a unas quince yardas, al mismísimo Rex Haley.

—Celebro volver a verte, Lou.

Su voz era fría y ominosa como una cuchillada lenta.

—¿No te alegras de verme? ¿Es que soy inoportuno?

El rufián retrocedió dos pasos.

—¿Por qué me salvaste cuando me perseguía Markett? ¿Qué es lo que quieres, perro? —preguntó.

—Te quiero para mí solo.

Lou comprendió que había oído su sentencia de muerte.

—Yo no tengo nada contra ti. Yo… ¡yo estoy desarmado! ¡No puedes matarme así! —dijo.

Rex hizo fuego con el rifle junto a los pies de Lou, que tuvo que dar un salto a su derecha. Hizo fuego otra vez, y el salto se repitió,

pero a la izquierda.

—¡Estoy desarmado! ¡Estoy desarmado, canalla!

Rex lanzó su rifle al suelo, y luego descendió calmosamente del caballo. Había dos revólveres en su cinto y volteó uno, arrojándolo a los pies de Lou.

Está cargado con dos balas. Defiende tu vida.

—¿Y el tuyo?

—El mío con una sola.

Brillaron de estupor los ojos de Lou, Había en la expresión del joven algo que le indicaba que no mentía.

Si Rex fallaba aquella bala… Como un reptil se abalanzó sobre el «Colt» que tenía a sus pies, alzándolo.

Rex no se movió. Seguía en sus labios aquella media sonrisa que parecía haberse helado en ellos. Cuando Lou hubo alzado su revólver hasta la posición más precaria de tiro, Rex hico fuego, atravesándole la mano. Con un aullido de dolor, Lou soltó el arma.

Frente a él, Rex disparó cinco veces más, fría e insensiblemente. Las cinco veces cayó el percutor sobre un espacio vacío. Era verdad que sólo disponía de una bala.

Con movimientos calmosos, casi sin mirar a Lou, emnezó a cargar su revólver, extrayendo los plomos del cinturón canana. Parsimoniosamente, fue colocando las balas en las recámaras. Su enemigo, entretanto, tenía un «Colt» cargado a sus pies, al alcance de su mano útil. Un «Colt» con una bala que le bastaría para librarse de la muerte. Miró como hipnotizado el arma intacta y brillante, a sus pies, y luego la que Rex cargaba con movimientos tranquilos, sin ni siquiera mirarle.

—Te queda una bala, Lou. ¿Por qué no la empleas?

La mano izquierda del rufián descendió, pero sus ojos seguían mostrando un terror invencible.

—No pienso darte otra oportunidad, Lou. Esta es la última de tu vida…

Rex estaba cargando la última bala. Con una vertiginosa celeridad, Lou se inclinó para recoger el revólver, mientras el joven montaba el suyo. Ambos disparos retumbaron casi simultáneamente.

Rex sintió un aguijonazo en su brazo izquierdo, pero nada más. Lou gritó cuando su pecho pareció ser recorrido por una mano

llameante.

Dos, tres balas marcaron bajo su cuello una línea roja. Con el arma engarfiada entre sus dedos disparó otra vez, pero inútilmente. Lou cayó, el rostro entre la arena, la boca entreabierta, mirando sin ver con sus ojos vidriosos el revólver que le había dado muerte.

Rex se volvió hacia Irina, que seguía en el suelo y estaba ahora tan pálida como una muerta.

—Vuelve a Massel —dijo.

Su voz era tan seca que la muchacha se estremeció.

—Gracias, Rex.

—No debes dármelas. No he hecho más que dar fin a una cuestión personal entre ese hombre y yo. Si tú no hubieses estado en medio, habría sido lo mismo.

Irina se levantó, sin dejar de mirarle. Sus ojos estaban turbios.

—¿Te molesta la herida?

—No, Rex. Repito que gracias.

Lentamente, se dirigió hacia el caballo, sin dirigir una mirada al cadáver de Lou. Rex la siguió y, enlazándola por la cintura, la ayudó a montar.

Vuelve a Massel, Irina. Este caballo te llevará en dos horas.

Dando un suave golpe a las ancas del animal, obligó a éste a emprender el trote. Antes de que Irina estuviera demasiado lejos, agitó el brazo, y gritó:

—Saluda en mi nombre a todos los habitantes de Massel, Irina. Es posible que vuelvan a verme por allí.

La muchacha le pareció entonces que en el rostro de Rex Haley había una mueca cruel.

* * *

La primera persona a quien vio Irina al entrar en Massel, fue a Suzy Clay. La muchacha estaba apoyada en uno de los porches del saloon de Markett, y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Irina pasó junto a ella sin mirarla, a lomos de su caballo.

En su largo camino hasta Massel, Irina había pensado con cierto inconfesado deleite en los años que precedieron a la huida de Rex, en su amistad y en el amor que ambos llevaban impreso en los ojos. En el caso de Rex, tal vez fuera mejor decir admiración, pues su verdadero cariño parecía haber estado dirigido siempre hacia

aquella estúpida de Suzy Clay. Pat no haría latir su corazón al extraño ritmo que había marcado la sola presencia de Rex Haley en unas breves horas.

Pero la visión de Suzy Clay la hizo cambiar de pensamiento. Aquella estúpida muchacha había aguardado durante cuatro años el regreso de Rex Haley, soportando humillaciones, trabajando de sol a sol, sintiéndose codiciada por todos los rufianes de la población, y teniendo que defenderse de ellos en un riesgo constante. Había desperdiciado ocasiones para marchar a otras tierras mil veces mejores y ¿para qué? Aquel vestido nuevo, el mejor que tenía, aquellas trenzas tan cuidadosamente peinadas, indicaban a Irina que no trabajaba ya. Markett debía haberla despedido. Y los pensamientos de Irina se hicieron más sombríos.

Aquélla era una tierra dura. Nada se podía confiar al azar, a la buena intención, a los sentimientos. Para sobrevivir, era necesario ser poderoso. Y ella lo sería Pat Skilt era el poder.

Cuando Irina llegó a su casa, sus labios habían vuelto a plegarse en una mueca dura.

* * *

—Le ruego que me deje pasar la noche aquí, Markett.

Era suplicante la voz de Suzy. En sus ojos claros había una tierna expresión de desamparo, y sus manos se entrecerraban, nerviosas, como temiendo la reacción del tahúr.

—Te he despedido. ¿Es que ya no lo recuerdas? Vete a dormir a un hotel.

—Tengo miedo.

Había sinceridad en la voz de la muchacha.

—Usted sabe que nunca una mujer honrada ha pasado la noche sola allí. De vez en cuando van grupos de truhanes a jugar. Y hay ocasiones en que se juegan lo que no es suyo.

En el rostro anguloso de Markett se marcó una sonrisa despectiva.

—Si es así, ¿por qué temes? Tú no eres una mujer honrada…

Suzy estuvo a punto de chillar y de saltar sobre el, pero Markett la detuvo de un seco manotazo. Con sangre en la barbilla, Suzy quedó de espaldas contra una de la paredes.

Ha vuelto a Massel de muy mal humor, Markett —escupió la

muchacha—. ¿Es que se le acabó la alegría al ver a Rex Haley?

Un nuevo manotazo la hizo gemir, volviendo la cabeza.

Con los ojos bajos, vencida, Suzy empezó a descender las escaleras que conducían a la planta baja. Al llegar a la calle, las luces y los ruidos del saloon la envolvieron como un presagio.

El primer hombre con quien tropezó fue el viejo Hillary.

—¿Qué te ocurre, Suzy? ¿Estás jugando a la ovejita descarriada?

No era mal hombre el viejo Hillary, a pesar de ser uno de los siete que condenaron a Rex. Tal vez fue el único de los siete que le creyó culpable, opinando era un deber de ciudadano el condenarle. De un modo u otro, Suzy no le guardaba rencor. A su lado se sentía en cierto modo un poco protegida. Sonrió débilmente, alzando los ojos al verle.

—He perdido mi empleo con Markett. Mañana tengo que salir de la población, pero sólo me preocupa cómo pasar esta noche. No quiero ir al hotel.

El viejo Hillay pareció reflexionar.

—¡Hum! —Haces bien. ¡Hum! Aquello no es más que un nido de granujas. Podrías— y sus ojos se iluminaron de repente… podrías dormir en casa por una noche. Convenceré a mi mujer —añadió con decisión—. Ven dentro de media hora, y te aseguro que te recibirá bien.

Se alejó, y dobló la más próxima esquina. De repente sonó un disparo.

Entre el expectante silencio, retumbaron dos disparos más, como si alguien rematase a la víctima. Luego se oyó el galopar de un caballo.

Dos hombres salieron corriendo del porche situado junto a la esquina.

—¡Han matado al viejo Hillary! —gritó uno de ellos—. ¡Era otro de los siete! ¡Y ha sido Rex Haley! ¡Yo lo he visto!

CAPÍTULO III

Los ojos de Irina rodaron por la ordenada pieza y se posaron al fin en el rostro de Pat Skilt.

—Comprendo que mi postura no fue muy arrogante, Irina, pero hice cuanto pude.

Los ojos castaños de la mujer le miraron escrutadoramente, deteniéndose en la herida de la mano. Luego subieron hasta el rostro ansioso del hombre.

No le amaba —se dijo por centésima vez—. No le amaba. Era imposible que junto a Pat la vida pudiera tener el misterioso sentido, la intensidad que adquiría cuando frente a sus ojos estaba Rex. Pero Pat —se repitió— era el poder y el lujo.

Se acercó a él, y le acarició los cabellos suavemente.

—Sí, hiciste lo posible, Pat. No hablemos más de ello.

En el fondo estaba sometido a su voluntad; sería siempre un muñeco en sus manos. Y, lo que era mejor, un muñeco poderoso. Irina estaba decidida a olvidar cómo empezó la fortuna de Pat. Sólo le importaba saber que era ahora la más considerable de Oregón.

Fue en aquel momento cuando ambos oyeron tres disparos, y luego un griterío bajo la ventana.

—¡Han matado al viejo Hillary! ¡Era otro de los siete!

—¡El asesino es Rex Haley! ¡Yo le he visto huir!

Una intensa palidez cubrió las facciones de Irina.

Se volvió hacia Pat.

—Debemos ir inmediatamente en busca de Markett —dijo.

Al salir a la calle pudieron apreciar en toda su intensidad la consternación que había causado en Massel la muerte del viejo Hillary.

Rectamente, Irina y Pat se dirigieron al saloon de Markett. Este

les recibió en su despacho. Parecía excitado, y tenía el rostro sudoroso.

—Francamente, Irina, no esperaba…

—No vengo a que fumemos la pipa de la paz, Markett. Entre usted y nosotros —recalcó, mirando a Pat— no podrá haber nunca sino alianzas circunstanciales. Y son las circunstancias las que nos han empujado a venir. Supongo que se habrá enterado usted de la muerte del viejo Hillary…

—Acabo de ver su cadáver.

Markett entre usted y nosotros —recalcó, mirando a Pat— no podrá haber nunca sino alianzas circunstanciales. Y son las circunstancias las que nos han empujado a venir. Supongo que se habrá enterado usted de la muerte del viejo Hillary.

—Acabo de ver su cadáver.

—Esto significa que ahora sólo quedan cinco personas vivas de las siete que condenaron a Haley.

—Yo soy una de ellas, desgraciadamente.

—Yo, yo —intervino Pat—. Y también lo es el juez Slump Hemos venido, Markett, porque usted es el único que tiene aquí pistoleros a sueldo. El único que puede organizar en Massel una fuerza capaz de acabar con Haley. Puedo hacer que sea usted nombrado *sheriff* immediatamente.

—Tengo ambiciones políticas, y ese puesto no es mala cosa para empezar, pero eso no basta.

Entonces, ¿qué desea usted, Markett.

—Quiero ser juez de Massel. Y quiero que el cargo de *Sheriff* recaiga en una persona a mis órdenes a quién yo designaré.

Los ojos de Irina llamearon, pero se contuvo.

—El juez Slump vive todavía, Markett.

—No importa. Obtendré su renuncia.

—¿Cómo?

—Eso es cuestión mía. Póngase usted de acuerdo con la Junta de Vecinos, Pat, y yo entregaré la renuncia a su cargo del juez Slump… si antes no disparan otra vez los revólveres de Haley.

Sus ojillos se volvieron hacia Irina.

—Ya ve usted que Rex Haley no merece grandes consideraciones. ¿Está usted dispuesta a todo para acabar con él?

—Estoy dispuesta a todo. Aunque ello no significa que simpatice

con usted, Markett.

—Me basta con que me ayude. Usted será la pieza fundamental de mi plan para capturar a ese hombre. Necesito que le envíe un mensaje citándole.

—¿Un mensaje? ¿Y cómo?

—Por medio de Suzy Clay.

Las palabras parecieron rebotar en los oídos de Irina, que parpadeó dos veces.

—¿Y cómo va ella a encontrarlo?

—Su vida no tiene otra finalidad —sonrió Markett, irónicamente—. Recorrerá las sierras, bajará hasta el fondo de los lagos para dar con él. Durante cuatro años lo ha soportado todo, esperando su vuelta. Ahora que sabe está cerca, se destrozará los pies con tal de encontrarlo.

—Pero un mensaje…

—Todo está pensado. Usted le entregará una carta cerrada, diciéndole que se la entregue a Rex Haley si le encuentra. No le oculte que es una cita. Dígale que sólo pretende despedirse de él para toda la vida. A Suzy se le abrirán las puertas del cielo, porque lo que más teme es que Rex se enamore de usted. Naturalmente, cuando haya salido de Massel en busca de Haley, recelará y sentirá deseos de abrir la carta, pues al fin y al cabo es mujer. Y lo esencial de mi idea está en que la carta diga exactamente lo que usted le habrá indicado de palabra. Será una carta nostálgica diciendo a Rex que sólo aspira a verle por última vez, y que anhela despedirse para siempre. Al no hallar ninguna contradicción, Suzy pensará que ello bien puede ser verdad. Y como es una muchacha servicial cumplirá el encargo, aunque en el fondo de su corazón le pese.

—Eso es un engaño, Markett.

—¡Un engaño! ¿Merece otra cosa el que ha matado de noche a un viejo indefenso y desarmado como Hillary? ¿El que, después de alcanzarle en el pecho, le remató de dos balazos en la cara? Creo que éste no es el mejor momento para romanticismos, Irina.

La joven recordó las palabras de Rex al despedirse de ella: «Es posible que vuelva por Massel», y se estremeció.

—Dije antes que estaba dispuesta a todo. Y lo cumpliré.

* * *

La reunión de la Junta de Vecinos duró escasamente media hora. Y uno de los primeros que se enteraron de que su puesto corría peligro fue, naturalmente, el juez Slump.

—¿Markett quiere ser juez? —preguntó incrédulamente—. Eso es tan absurdo que requiere una explicación. Voy a verle en seguida.

El tahúr le recibió en la misma habitación donde había hablado con Pat e Irina. No llevaba su acostumbrado chaleco floreado, e iba vestido como un vaquero.

—He oído decir que quieres ser nombrado juez de Massel —empezó Slump, furioso—. Y que has hablado de obtener mi renuncia. ¿Qué diablos pretendes, Markett?

Sencillamente, empezar mi carrera política con el cargo de juez.

Slump casi saltó sobre la mesa.

¡Eres un canalla, Markett! Has apelado para conseguir tus propósitos, a la influencia que Pat tiene en la Junta de Vecinos. ¿Y qué crees que dirá cuando yo le cuente que tú ideaste entregar su prometida a un rufián como Lou Sikett? ¿Crees que te dará un abrazo en señal de gratitud?

Markett sonrió silenciosamente.

—¿Qué pretendes? ¿Contarlo?

—Y ahora mismo.

—Pues entonces iremos los dos. Yo también tengo algo que decir a propósito de esto.

Tembló la barbilla de Slump. Cierto que él era tan culpable como Markett, y que de hablar éste, perdería irremediablemente su puesto. Pero también era cierto que lo perdería si mantenía la boca cerrada y los ojos bajos. Decidió luchar.

—Tú has empezado todo esto, Markett, y vas a perder más que yo. Vamos.

El tahúr se ajustó los revólveres al cinto, y Slump hizo lo propio con el suyo.

Dos esquinas más allá del saloon de Markett, a unas cincuenta yardas de distancia, estaba la esquina del oscuro callejón donde asesinaron a Hillary. Para llegar a la casa de Pat Skilt, había que pasar por allí.

Doblaron los dos la esquina, todavía sin mirarse. No había nadie en las calles, como si toda la población esperase algo así como un

asalto en masa. En la oscuridad, comentó Markett:

—Aquí asesinaron al viejo Hillary. No hace todavía una hora, estaba su cadáver en ese rincón.

—Cierto. Ese demonio de Rex…

Se hizo burlona la voz de Markett.

—¿Rex? ¿Crees realmente que fue él?

Con un centelleante movimiento, Slump intentó «sacar», pero se vio encañonado por los dos revólveres de Markett.

—¡Canalla!

—Quieto, Slump. No he empezado todo esto para quedarme a mitad de camino, sino para llegar hasta el fin.

La barbilla del juez temblaba con tal intensidad, que castañetearon sus dientes.

—Tú mataste a Hillary. Tú eres… un asesino. ¿Por qué?

—Romántica pregunta, digna de un cerebro embotado como el tuyo. En cien años no se me volverá a presentar otra ocasión como ésta, una ocasión para convertirme en el dueño de Massel en una sola noche. ¿Quieres que permita que la excitación de la ciudad contra Haley desaparezca por sí sola? —hablaba jadeando, pero con una extraña seguridad—. Rex Haley es la oportunidad de mi vida. Esta noche todo Massel confia en mí y en mis pistoleros a sueldo, los únicos de la ciudad. La Junta de Vecinos me dará lo que pida, porque sus miembros están aterrorizados. ¿Y quién ha sabido crear el clima necesario? ¡Yo! ¡Yo, Markett, hasta ahora el dueño de un simple saloon! He conseguido humillar a Irina, la mujer más orgullosa de la ciudad. ¡Yo era poco para ella y, sin embargo, estuvo a punto de pertenecer a un lobo rabioso como Sikett! ¿Tiemblas, Slump? ¿Y acaso no sabes por qué tengo interés en eliminar al resto de los «siete condenados»… excepto a mí, naturalmente? ¿Has olvidado que el que quede de los siete condenados heredará el rancho que perteneció a Haley? Tu zona no vale gran cosa, Slump, pero la de Pat Skilt…

Temblaron convulsivamente los brazos del juez, y su mano derecha fue hacia el revólver, aun persuadido de que aquél sería el último movimiento de su vida. Los dos revólveres de Markett vomitaron plomo al mismo tiempo. Slump recibió los balazos en el pecho, mientras soltaba su arma. Markett, sin perder tiempo, le remató de dos nuevos balazos al rostro.

Pero esta vez la cosa no iba a ser tan sencilla como la primera. Para acabar con Hillary, Markett había tenido tiempo de esbozar un plan; ahora en cambio, las circunstancias le habían obligado a obrar sobre la marcha. La camisa negra como la de Haley que vistió para el primer golpe, el sombrero de anchas alas que le cubriese el rostro, el pañuelo rojo anudado al cuello, y el veloz corcel que le llevase hasta las afueras del pueblo para regresar en seguida por otro camino, no estarían a su servicio esta vez. Pero si no podía lograr que se le confundiese con Rex Haley, sí podía dar la alarma. Disparó dos veces más, al aire, mientras gritaba:

—¡Haley! ¡Rex Haley está en la población!

Corrió hacia la salida del callejón, haciendo un tercer disparo. De una casa lejana empezaron a salir hombres armados con rifles. Todos corrieron hacia él, y Markett, para hacer más aparatosa la escena, cayó cuan largo era en la primera zona de luz. Los revólveres brillaban en sus manos.

—El juez Slump… —susurró—. El callejón…

—¿Está herido, Markett?

—Creo… que no. Pero el juez ha recibido plomo. Tengan cuidado. Rex Halley está aquí… en Massel.

Sigilosamente, los hombres se acercaron a la zona oscura. Eran cinco. Al otro lado del callejón aparecieron dos más, empuñando armas cortas.

Instantes después se escuchaba un murmullo de indignación y estupor. El cadáver del juez Slump había sido descubierto.

—Dos balas en la cabeza para rematarle. Igual que Hillary.

—Ahora ya sólo son cuatro los que quedaban.

La presencia de Markett, que se acercó sacudiéndose el polvo de las ropas, cortó los comentarios. Tenía las facciones lívidas, y sus dientes entrechocaron como si le devorase la rabia.

—Hemos de dar una batida, muchachos. Rex Haley disparó desde la oscuridad, desde ese rincón exactamente, y no ha tenido tiempo para ir lejos. Procedamos con orden y daremos con él. Si alguno de vosotros le ve… más valdrá que piense con el dedo.

* * *

Suzy Clay miró por segunda vez el sobre que tenía entre las manos.

Apenas media hora antes había salido de Massel, tras hablar con Irina. Aún resonaban en sus oídos las palabras de ésta:

—Le ofrezco mi casa por esta noche. Puede descansar en ella con toda tranquilidad. Pero si desea un caballo para ir en busca de Rex, yo le ofrezco el mejor de mi cuadra.

Pudo más la impaciencia en Suzy que el deseo de descansar. Además, no habría estado tranquilo en casa de Irina Wanders… Un par de horas más tarde saldría la luna, y los senderos de la montaña, que ella conocía tan bien, aparecerían a sus ojos tan claros como en pleno día. Sabía que encontrar a Rex era más fácil por la noche, porque él se detendría en algún lugar para dormir. Y si no le encontraba antes de amanecer, le buscaría al día siguiente, y al otro…

Varias veces detuvo Suzy su caballo para convencerse de que nadie la seguía. Naturalmente, aquello podía tratarse de una añagaza para dar con el paradero de Rex, y debía estar prevenida. Pero sus observaciones le dieron la absoluta seguridad de que nadie iba tras sus pasos. Irina parecía no haber abrigado segundas intenciones al requerir su ayuda.

En uno de los altos, rasgó nerviosamente el sobre que la joven Wanders le diera. De hallar a Rex, no le importaría decirle que lo había abierto, enterándose de su contenido en beneficio de los dos. Ante todo, quería estar segura de que no se trataba de una trampa. Y la lectura de aquellas líneas trazadas nerviosamente, la convenció.

Irina parecía sincera. Sólo anhelaba despedirse para siempre de Rex, recordándole que en la cabaña le había hablado de marchar de allí. Quería que se despidiesen como viejos amigos, y para eso le daba una cita en un lugar llamado Alamo Viejo, en las cercanías de la población. «Debes marchar de aquí —concluía—. Recuerda que en la cabaña me dijiste que lo harías. Pero eso no impide que nos despidamos como amigos. Necesito verte por última vez para borrar la mala impresión que puedas tener de mí…»

Suzy guardó la carta. No parecía haber engaño ni doble intención en ella. Al fin y al cabo, el deseo de Irina no era absurdo. Y ella entregaría la carta a Rex, si le hallaba, pues para eso le habían hablado amablemente y le habían prestado un caballo. Claro está que le aconsejaría no fuese a la cita. Pero ésa era cuestión aparte, una vez realizase el favor que de ella habían solicitado.

A media noche, la luna se elevó sobre un inmenso circo de montañas. Pronto los senderos se hicieron claramente visibles, y pudo avanzar más aprisa. Suzy lucía su vestido blanco y montaba de lado sobre la silla, balanceando a cada movimiento sus hermosas trenzas negras.

Una hora más tarde estaba ya en el corazón de las montañas, y además completamente persuadida de que nadie seguía sus pasos. Atravesó dos pequeñas lagunas casi secas, e instantes más tarde se adentraba en un bosquecillo de abetos, situado a gran altura.

Iba sumida en sus reflexiones cuando oyó a su espalda una voz. Una voz que la llamaba por su nombre:

—¡Suzy!

Saltó ella del caballo, mirando a su alrededor con los ojos brillantes de alegría. Pero a nadie vio. Rex, oculto entre los árboles del bosque, parecía querer convencerse también de que no la seguían.

—¡Rex! ¡Vengo sola, Rex!

El salió de entre los árboles. Llevaba un rifle en las manos, pero con actitud indolente. Sus ojos estudiaron a Suzy, como si se preguntara qué diablos la había traído hasta allí.

—¿Cómo has dado conmigo? —preguntó al fin. Su voz era afable.

—No lo he conseguido en seguida, Rex. Llevo a caballo más de cuatro horas.

—¿Quién te envía?

—He venido por mi propia voluntad, Rex.

El se acercó más, con una media sonrisa.

—Dices que hace cuatro horas que has salido de Massel. ¿Qué ocurría entonces allí?

Suzy había marchado poco después de la muerte de Hillary y antes de que Markett hubiese aniquilado a Slump. Desconocía, pues, la muerte de éste. Pero la de Hillary era motivo más que suficiente para que desease tener una explicación con Rex.

—Habían matado al viejo Hillary —dijo, mirándole escrutadoramente.

Ella no temía a Rex, y no habría sentido miedo aunque él fuese el culpable. Por eso fue en su busca. Pero la expresión de perplejidad que apareció en los ojos del hombre, bastó para

convencerla de que él ignoraba aquel asesinato.

—¡Oh, Rex, sabía que no habías sido tú!

—¿Es que me achacan el crimen?

—Todos. Afirman que te vieron.

—¿A mí? Hace más de diez horas que estoy en este bosque…

—Un hombre con camisa negra, con pañuelo rojo anudado al cuello, como tú, y aproximadamente de tu estatura, fue visto huyendo después de acribillar a Hillary. Y como Hillary era uno de los siete que te condenaron…

—Pero ¿quién diablos les ha hecho creer que yo había venido aquí para matarles?

—Todos lo supusieron, Rex. Al fin y al cabo, parecía natural que hubieses venido para eso.

Los ojos del joven se entrecerraron, y se llevó la mano a la frente.

—Sí, reconozco que parecía natural. Y tú —añadió—, ¿para qué has venido hasta aquí?

—Salí de Massel decidida a encontrarte, Rex, aunque tuviese que vagar días enteros por las montañas. El caballo me lo prestó Irina. Y me dio también un mensaje para ti.

—¿Irina? ¿Un mensaje?

—Sí. Lo abrí para leerlo.

Había tanta ingenuidad en las palabras de la muchacha, que Rex tuvo que sonreír.

—Bien. Entonces, explícame qué dice…

—Quiere despedirse de ti —anunció Suzy, sin vacilar—, pues tú le hablaste en la cabaña donde estuvisteis sitiados, que volverías a California. Te cita en un lugar llamado Alamo Viejo, que tú ya conoces, para darte explicaciones pues teme que puedas llevarte un mal recuerdo de ella. Eso es lo que dice.

—¿Y tú qué piensas, Suzy?

—Que no debes ir.

Se hizo más amplia la sonrisa de Rex.

—Tengo una pequeña hoguera en un hoyo entre los árboles, Suzy. Ven allá y podrás calentarte.

Ella accedió, y caminaron en silencio unos instantes. En un hoyo entre el follaje, Rex había encendido una pequeña fogata, que no era visible sino desde corta distancia.

—¿Qué piensas hacer, Rex? —preguntó ella.

—Parece que todo el mundo tuviera un interés especial en preguntarme eso. Y lo peor es que no sé lo que pienso hacer. No esperaba que en Massel se me preparara esa recepción.

—¿Confiabas en otra cosa?

—Sí. Pensaba que en cuatro años se habría descubierto al asesino de Wills, y aclarado el delito por el cual me condenaron. Pensaba que podría recuperar sin dificultades mi rancho y vivir allí —se hizo nostálgica la expresión de Rex—. Esta noche he pasado por sus cercanías. Los árboles que planté de niño han crecido en hilera. Las enredaderas gigantes han trepado por las paredes de la casa. Todo está más hermoso que nunca, excepto la parte de Pat Skilt. Allí no hay más que un pedregoso descampado cruzado por la línea férrea. Es… es lo único que me ha hecho recordar que todo era ya distinto. Nunca más volveré a vivir allí. Es extraño, Suzy —agregó después de un momento—. A tu lado siento como si nada de todo aquello hubiera ocurrido. Como si ambos fuéramos otra vez los viejos amigos de siempre. Y me domina una grata paz.

La muchacha acercó la frente a su hombro, y sintió la irresistible tentación de apoyarse en él, de seguir así el hilo de sus palabras y sus pensamientos. Pero se contuvo. Rex le imponía, le producía una inexplicable desazón.

—Si hubieses vivo allí —se atrevió a decir—, en el rancho, ¿con quién te hubiese gustado compartirlo? ¿No has pensado en ello durante esos cuatro años?

Rex abrió los ojos para mirarla.

—No lo sé. Jamás pensé en eso, Suzy. Creía no tener derecho.

—¿No estabas enamorado de Irina, Rex?

Temblaba la voz de Suzy, pero él no lo advirtió. Ni siquiera le parecieron extrañas aquellas preguntas. Sólo sabía que junto a aquella muchacha parecía haber recobrado algo de su perdida paz.

—A veces me he preguntado eso. Y cuando era sincero me contestaba a mí mismo que no; admiraba yo a Irina, eso es todo. Resultaba tan distinta a las otras mujeres de esta tierra, que por fuerza debía impresionarme. Pero hay ambición en su alma, y a veces también en sus labios.

Seguía hablando con la cabeza echada hacia atrás, de nuevo sin mirarla. Suzy no pudo resistir más, y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Pero deseas guardarte de Irina, Rex?

—No creo necesitarlo. Pero hoy me he convencido de que es una mujer peligrosa, al menos para mí.

Se hizo más confiada la actitud de Suzy, y sus manos buscaron la más próxima de las del hombre.

—He esperado esto durante cuatro años…

—A veces, últimamente, me he preguntado por qué aguardaste mi regreso, Suzy.

—Porque te quiero.

Nunca supo ella cómo habían brotado aquellas palabras de sus labios. Nunca supo cómo fue posible que se encontrase en los brazos de Rex, fuertemente apretada, protegida por ellos. Ni cómo él pudo acariciar sus cabellos con aquella dulzura y aquella suavidad, igual que si comprendiera sus sufrimientos como nadie los había comprendido nunca.

Ella dijo de pronto:

—He traído ese mensaje porque ella me lo pidió, Rex, y porque no podía negarme a hacerlo después de aceptar el mejor de sus caballos. Pero ahora debo pedirte que no vayas, Rex. ¡No vayas!

Capítulo IX

Habían emprendido el regreso a Massel al amanecer, y trotado durante casi toda la mañana. Sus caballos estaban fatigados, y tropezaban a veces contra las piedras o los obstáculos más insignificantes. Rex decidió que Suzy se quedaría con ellos en las cercanías de Massel, mientras él entraba solo en la población.

Había sido inútil intentar convencerle de que existía peligro en la cita de Irina Wanders. Por otra parte, no iba ahora directamente a Alamo Viejo.

Cuando avistaron las chatas casas de Massel, era mediodía. Rex aspiró fuerte, mientras sus dos manos ajustaban los revólveres al cinto.

—Estaré media hora en el pueblo, Suzy. Deseo no defraudar a Irina, pues jamás he defraudado a una mujer. Y, si me es posible, averiguaré quién mató a Hillary. No quiero que ese crimen pase a la memoria de las gentes como uno más de los que se atribuyen a Rex Haley.

Antes de que picara espuelas, Suzy le detuvo con un ademán.

—No te importe lo que piensen en Massel, Rex.

—Sí, me importa. Y trataré de poner las cosas en claro mientras me queden balas.

La mano derecha de Suzy se crispó en su brazo, estremeciéndose.

—No vayas, Rex.

Al mirarla, vio él que había lágrimas en los ojos de la muchacha.

—¿Por qué no? Aunque efectivamente hubiese algún peligro en la cita con Irina, éste no es el día que ella señalaba en la carta. Tú saliste anoche de Massel, y ella contaba con que tardarías un par de días en encontrarme. La cita es para pasado mañana; no lo olvides,

Suzy. De modo que, si hubiera planeado algo, no lo tendría a punto aún. Y mi opinión es que Irina es incapaz de eso.

Se hizo vehemente el ademán de Suzy.

—No sé de lo que Irina es capaz, Rex. Sólo sé que te quiero, y que he estado cuatro años esperando verte. Sólo sé que me destroza ver cómo te alejas. Si algo has de hacer en Massel, llévame contigo, Rex.

—Puede ser peligroso… para ti, Suzy. Aguárdame aquí, y dentro de media hora volveremos a vernos.

Picó espuelas, alejándose rápidamente. No quiso ver las lágrimas de la muchacha.

Suzy Clay se enjugó las lágrimas cuando él estuvo lejos.

Siguió a Rex al paso de su caballo. Vio que daba un rodeo por las afueras de la población, y ella hizo lo mismo.

La casa de Irina era una de las más grandes de Massel, y en su parte posterior tenía un jardín. Estaba situada al extremo del pueblo. Rex dirigió hacia allí el trote de su caballo, y una vez en el jardín, seguro de no haber sido visto, avanzó hacia la casa. Esta tenía ventanas de guillotina, y no le fue difícil abrir una de ellas, por la que se introdujo.

La pieza en que puso los pies era una sala de música y biblioteca, que ya conocía. No había nadie en ella. Sigilosamente avanzó por las otras habitaciones, sin tropezar con ser viviente. Sólo al llegar al comedor vio a uno de los criados, un negro, cuya boca se abrió y cerró dos veces en menos de un segundo, al reconocerle.

—Quieto —susurró Rex, exagerando el ademán de llevarse la mano al revólver—. ¿Dónde está miss Wanders?

—En… en el Herradura, señor… Ha ido allí a pasar la mañana.

Rex comprendió que el hombre no mentía.

—Bien. Lo siento, pero tendrás que sentarte en esa silla. Dame tu pañuelo.

El negro obedeció, temblando.

—Quieto o serás tú quien pierda.

Con el cordón que sujetaba unos pesados cortinajes, Rex procedió a atar pies y manos del sirviente a los brazos y patas de la silla. Hecho esto lo amordazó sólidamente con su propio pañuelo. Luego cargó la silla sobre sus hombros, como si en ella transportase un muñeco, y la introdujo en un pequeño departamento, anexo a la

despensa. Por lo menos tardarían una hora en encontrarle allí.

Pocos minutos después salía cautelosamente de la casa, montando de nuevo su caballo. El rancho Herradura era una pequeña propiedad de Pat Skilt, donde éste criaba caballos. No estaba lejos de allí; Rex emprendió el galope.

Media hora más tarde llegaba a los límites del Herradura. Dejando el caballo semioculto entre unos árboles, recorrió a pie el resto de su camino. Al fondo, entre pequeños árboles, había una casa de madera donde vivían los trabajadores del rancho. Rex vio a Irina saliendo de ella.

No parecía la misma. Iba vestida más sencillamente que de costumbre, y hasta llevaba un pequeño delantal, como si hubiera estado ocupándose de alguna faena doméstica. Parecía más humilde y asequible que nunca. Al ver a Rex, sus ojos se dilataron de asombro.

Pero no era sólo ella quien había visto al inesperado visitante. Entre ambos había una pequeña cueva con puertecilla, que se empleaba como bodega. Aquella puertecilla se había abierto, y de ella salía Markett.

Iba vestido como un vaquero, y el único detalle elegante de su atuendo consistía en los guantes, que llevaba delicadamente prendidos al cinto. Con los brazos en jarras, sonrió irónicamente al ver a Haley. Irina quedó detrás, mirándoles como hipnotizada.

—Celebro verte, Haley.

—Celebro verte, Markett.

El joven adivinó que su enemigo no había disparado al abrir la puertecilla porque la sorpresa debió dejarle algo aturdido, y porque temió fuese Rex más rápido sacando. Aquello le hizo pensar que Markett tenía muy buenos triunfos en la mano.

—¡No cometas esa locura, interpondré un recurso ante el juez! ¡Haré lo que sea con tal de no ver nunca más a este hombre!

Volvió la espalda y se alejó rápidamente. El honorable Winter se encogió de hombros, y luego, sin saber qué decir, guiñó otra vez un ojo a Jim, con un ademán de complicidad.

* * *

Eva Winter los puños apretados en un gesto de rabiosa energía, pasó por delante de un pequeño cobertizo donde se guardaban las

herramientas. Ese cobertizo tenía la puerta abierta. Y de esa puerta salió una mano.

La mano la sujetó por la cintura, tirando de ella y obligándola a entrar.

Eva fue a lanzar un chillido, pero sus labios se cerraron con una mueca de energía y decisión, también de desprecio, al ver a dos pulgadas del suyo el rostro amoratado de Pat Dewill.

—¿Tú? ¿Qué quieres?

—Hablarte, Eva.

El aliento del hombre quemaba. Y había en sus ojos algo que delataba una incontenible pasión.

—Habla —dijo ella, acercando sus labios.

—Te quiero…

Fue a besarla y entonces ella retiró el rostro. Su mano derecha fue rápidamente en busca de las dos mejillas del hombre, que retrocedió con un gesto de sorpresa y dolor.

—¡Eva! —rugió.

—¿Qué es lo que quieres, Pat? ¿Hablarme tan sólo? Pues he aquí la respuesta a todas las palabras que puedas dirigirme. Te odio, Pat. Nunca te he amado, y desde que te conocí supe que nunca podría amar a un hombre como tú. He visto demasiados detalles a lo largo de estos meses y ya no hay nada en ti que pueda engañarme. De modo que si lo que querías era reanudar nuestras relaciones. Pat, considéralas reanudadas…, ¡pero unas relaciones basadas en el mutuo desprecio!

* * *

El joven adivinó que su enemigo no había disparado al abrir la puertecilla porque la sorpresa debió dejarle algo aturdido, y porque temió fuese Rex más rápido sacando. Aquello le hizo pensar que Markett tenía muy buenos triunfos en su mano, pues de otro modo no hubiera desaprovechado una oportunidad así.

—¿Qué haces aquí, Markett? Creí que este rancho pertenecía a Pat Skilt.

—Y no te equivocas. Él me ha invitado.

—¿Desde cuando el hombre más rico de Massel invita a su casa al más granuja?

Las facciones de Markett se contrajeron, y estiró ambos brazos.

—Ten cuidado con lo que dices, Rex.

—Sé por qué hablo así. ¿Se ha averiguado quién mató al viejo Hillary?

—Sí, tú. Lo mismo que al juez Slump. Lo mismo que piensas matarme a mí y a Pat Skilt. Y hasta a Irina Wanders, si es necesario.

Sufrieron una crispación los labios de Rex. ¿De modo que el juez Slump había sido asesinado también? Sus brazos, instintivamente, se arquearon un poco, quedando las manos a la altura de los revólveres.

—¿No es cierto que matarías a Irina, si ello te conviniese, Rex?

Los ojos del joven fueron por unos instantes hacia la muchacha. Estaba tan quieta, tan asombrada, que casi le inspiró lástima. Markett advirtió su momentánea distracción, y decidió aprovecharla.

Llevaba un solo revólver, y lo desenfundó con un movimiento fulgurante. Rex, que no tenía tiempo para responder con los suyos, se echó hacia atrás, elevando la pierna derecha.

La punta de su bota dio justamente en el cañón del arma, proyectándola por los aires. Markett lanzó un aullido de sorpresa y de furor, mientras se arrojaba sobre él.

Nunca había sido un buen cutcher, pero si un hombre acostumbrado a las peleas y al cambio de golpes. Por eso, si bien su presa no fue científica, su empuje fue brutal, y logró derribar a Rex Haley por el suelo. Este tenía dos revólveres, pero no los quiso utilizar.

Arqueando el cuerpo, logró enviar a Markett por encima de su cabeza, no demasiado lejos. No le convenía. Asiéndolo por las botas le separó ambas piernas, dando él media vuelta para colocarse en posición favorable. Markett quedó vientre a tierra y tras él, en la misma postura, Rex separándole las piernas. Cuando la presa llegó a su fase aguda, Markett lanzó un aullido de dolor. Y aquel aullido se repitió al ver que nadie le prestaba ayuda.

Arqueando el cuerpo, logró enviar a Markett por encima de su cabeza, no demasiado lejos. No le convenía. Asiéndolo por las botas le separó ambas piernas, dando él media vuelta para colocarse en posición favorable. Markett quedó vientre a tierra y tras él, en la misma postura, Rex separándole las piernas. Cuando la presa llegó a su fase aguda, Markett lanzó un aullido de dolor. Y aquel aullido se

repitió al ver que nadie le prestaba ayuda.

Irina, con los ojos muy abiertos, había visto llegar y actuar a Rex sin dar crédito a lo que ante ella sucedía. Era todo aquello tan extraordinario, que ni siquiera intervino al ver malparado a Markett, a pesar de su convicción de que Rex era un asesino. Pero cuando los huesos del tahúr empezaron a crujir, las mandíbulas de Irina subieron una crispación.

Echó a correr hacia la casa. Allí estaba Pat junto con varios hombres de Markett trazando un plan de acción. Aquella alianza odiosa que Irina se había visto obligada a buscar para asegurarse la tranquilidad de su vida, culminaba con la reunión que ahora se estaba celebrando. Pat y los pistoleros de Markett se habían reunido allí para acordar el mejor modo de dar caza a Rex, cuando la cita, dos días más tarde, tuviese lugar. Y, mientras Markett iba en busca de unas botellas, había tropezado con Rex Haley. Ahora estaba a punto de perder las dos piernas sin que ninguno de sus hombres se diese cuenta.

Jadeando, llegó hasta la casa y abrió la puerta de un empujón.

—Rex Haley… —dijo.

Pat y cinco hombres estaban sentados en tomo a una mesa. Todos se levantaron atónitos al verla entrar.

—¿Cómo? ¿Rex Haley está aquí?

—Enfrente… de la casa. Acabará con Markett.

Y en el momento de decir aquello, se arrepintió de no haber esperado para dar la alarma a que Rex terminase su faena.

—¡Vamos allá! ¡Este es el momento de acabar con él!

Salieron todos en tropel, con los revólveres a punto. Rex Haley oyó el rumor a su espalda y dio media vuelta, sentándose en el suelo y dejando libre a Markett. Este no se podría levantar al menos en diez minutos.

Sus «Colt» aparecieron a la luz como dos escorpiones brillantes. Hizo fuego con ambos simultáneamente, y uno de los pistoleros cayó, llevándose las manos al pecho. Los otros retrocedieron precipitadamente al interior de la casa.

Rex se puso en pie, y sus ojos buscaron un cobijo. No le cabía duda, después de ver allí a los matones de Markett, de que alguna trampa se preparaba contra él. Mas si sus pensamientos comenzaban a aclararse en este sentido, quedaron de pronto más

oscurecidos que nunca cuando vio aparecer de nuevo a alguien en la puerta de la casa. Irina recortaba su hermosa figura en el umbral…, pero atenazada por un pistolero que ¡a empleaba como escudo.

—¡Suelta tus armas, Rex! ¡Puedo disparar contra ti, y en cambio tú no puedes hacerlo! ¡Matarías a la muchacha!

Haley entornó los párpados y levantó los revólveres. Sus dedos se cerraron sobre, los gatillos, casi acariciándolos. Pero no disparó. Veía los inmóviles ojos de Irina, posados en él, y no disparó.

—¡Haré fuego si no obedeces, Rex!

El joven sabía lo que se jugaba en aquel momento. Mas no podía hacer fuego sin poner en grave riesgo a Irina, ni veía el modo de ocultarse antes de que aquel tipo le acribillase. Con una media sonrisa que parecía haberse helado en su rostro, con la misma media sonrisa que Lou Sikett vio antes de morir, dejó caer ambos revólveres al suelo.

El pistolero soltó a Irina, empujándola para que cayese. Aquello pareció ser la señal para que los tres hombres restantes hiciesen acto de presencia. Pat quedó en el interior de la cabaña, con la frente ensangrentada a causa de un culatazo. Había intentado oponerse a la cobarde maniobra del que sujetó a Irina, y aquél fue su premio. Aquél fue su premio también por buscar una alianza con Markett.

En lo mismo parecía estar pensando Irina, cuando se incorporó poco a poco. Sus ojos castaños, casi siempre tan dulces, se habían vuelto rojos y parecían llamear. Sus labios se habían apretado en una línea seca.

—¡Rodeadle!

Era Markett quien había dado aquella orden. Markett, que hacía inauditos esfuerzos para ponerse en pie.

Los cuatro hombres, con sus armas a punto, envolvieron a Haley en estrecho círculo. Uno de ellos dio sendos puntapiés a los revólveres de que el joven se había desprendido, enviándolos lejos.

El rostro de Markett se acercó a unas pulgadas del de su enemigo, que no pestañeaba. La media sonrisa continuaba en los labios de Rex. Pero ahora era un poco más fría y un poco más desdeñosa.

—Voy a darte una oportunidad para que defiendas tu vida.

¡Mueve los puños!

—Con mucho gusto.

La derecha de Rex salió disparada hacia arriba, en forma de gancho. Y una décima de segundo después, la cabeza de Markett saltaba hacia atrás, mientras su mandíbula crujía siniestramente. Un rodillazo al estómago le hizo encogerse, y entonces los dos puños de Rex le golpearon a la vez en ambas sienes, dejándole sin sentido.

Pareció ser aquella la señal para el ataque. Con las culatas en alto, los pistoleros de Markett se lanzaron en tromba hacia Rex.

Igual que el granizo, los culatazos llovieron sobre la cabeza del joven, sobre sus hombros y su pecho. Sintió como si sus ojos se separasen del resto de su cuerpo, cómo todo se hacía más impreciso, más insignificante a su alrededor. Sus rodillas se doblaron, mientras las culatas rasgaban el aire.

Quedó sin sentido a los pies de los pistoleros. Más de uno amartilló entonces el revólver, pero les detuvo el pensamiento de que Markett desearía ver morir a su enemigo.

Fue el tahúr quien primero recobró el conocimiento. Se incorporó pesadamente y como sin saber aún dónde estaba. Pero al ver a Rex exánime junto a él, sus ojillos brillaron con una maligna alegría.

—¡Matadle ahora! —gritó.

Irina escuchó aquella orden desde la puerta de la casa. Escuchó la salvaje orden de Markett, y comprendió que Rex no podría defenderse. Su impulso fue correr hacía él.

Pero se detuvo antes de que sus piernas hubiesen dado un solo paso. No, era mejor no intervenir. Markett era un canalla, mas a partir de aquel momento ya no tendría necesidad de aliarse con él. Por el contrario, al no necesitarle podría luego intentarlo todo para destruirle. Dejaría que disparase sobre Rex, porque aquellos disparos iban a significar la más absoluta seguridad para su ambicioso destino. Cerró los ojos, y volvió la espalda.

Ocho revólveres se amartillaron a un tiempo, mientras ocho cañones apuntaban al cuerpo de Rex.

Pero antes de que pudiesen disparar, oyeron todos el galope de un caballo. Los revólveres se alzaron instintivamente una pulgada, pues nadie se atrevió a disparar sin saber quién era el que se acercaba. Cuando entre los árboles del cercano bosquecillo vieron

aparecer el caballo, en todos los rostros se marcó una expresión de incredulidad.

La que se acercaba era una muchacha sola, con un vestido blanco. Era Suzy Clay la que venía hacia ellos, sin reparar en el peligro.

Se hizo ancha y cruel la sonrisa en los labios de Markett. Suzy llegaba a tiempo para la fiesta.

—Disparad cuando ella pueda verlo —silbó.

Los revólveres volvieron a bajar. Durante un largo minuto fue angustioso el silencio.

Todos miraban acercarse a la muchacha con una expresión sardónica en su rostro. Todos los dedos estaban doblados y a punto para el gatillazo. Únicamente Markett cambió de expresión al ver lo que la muchacha llevaba en las manos: una camisa negra y un pañuelo rojo.

Desde la distancia en que se hallaba Suzy, veía perfectamente la escena, pero no pareció inmutarle la desesperada situación de Rex. Sus hermosos ojos claros brillaban con una expresión que ninguno de los cinco hombres supo descifrar. Las miradas fueron de la camisa negra al rostro de Markett, que se había vuelto pálido.

Suzy llevaba la mano derecha envuelta en la camisa y el pañuelo, y detuvo el caballo bruscamente.

—He entrado en tus habitaciones, Markett —dijo, con expresión rencorosa—. He sabido cómo hacerlo después de cuatro años de trabajar allí. Y esta camisa negra, junto con el pañuelo rojo, estaban en tu armario. Nadie te ha visto jamás con prendas como éstas, ¡excepto la noche en que mataste a Hillary!

Castañetearon los dientes de Markett.

—¡Mientes, mientes, arpía! ¡Pretendes ensuciar mi nombre!

—La camisa aún está quemada por la pólvora. Disparaste a boca de jarro para no fallar el tiro, ¿verdad, Markett? ¡Mírala!

Ciego de ira, el tahúr fue a abalanzarse sobre la prenda de ropa que la muchacha le ofrecía con el brazo extendido, apenas a cinco pasos de distancia. Pero uno de sus pistoleros, servicial, se adelantó. Fue él quien se puso ante el brazo extendido de Suzy. Y quien vio algo raro en aquella camisa negra.

Cuando se dio cuenta de que Suzy ocultaba un revólver bajo la prenda de ropa, era demasiado tarde. El disparo le ensordeció, y el

fogonazo le deslumbró, una fracción de segundo antes de morir. Y en seguida con la cabeza partida en dos, otro pistolero se desplomó también, sin tiempo para lanzar un gemido.

—¡Maldita! ¡Acribilladla!

El revólver retumbó otra vez, silbando ahora la bala junto a la cabeza de Markett. Uno de sus pistoleros tenía ya el revólver alzado hacia Suzy, y cerró el dedo sobre el gatillo.

Ninguno de los tres hombres en aquel momento vivos contaba con Rex Haley. Habían obrado como si éste hubiera de estar sin conocimiento un día entero. Pero aún con la cabeza ensangrentada y los ojos sumidos en niebla, Rex supo cómo obrar. Sus dos puños golpearon al unísono tras las rodillas del pistolero, que cayó al suelo en el momento de hacer el disparo. Este rozó tan sólo la cintura de Suzy.

—¡Huye! ¡Refúgiate en la casa!

El caballo, excitado, había saltado ya. Rex lo hizo al propio tiempo, y con más ímpetu que la bestia. Su brazo rodeó el cuello del pistolero en el momento que caía, utilizándolo como escudo. Al propio tiempo le sujetaba el revólver.

Con un alarido, Markett hizo fuego sobre él, esperando cazarle aún en descubierto. Sólo consiguió agujerear la carne de su satélite, que se estremeció de dolor. Fue aquél el momento que Rex eligió para apoderarse de su «Colt».

En el rostro ensangrentado brillaban sus ojos, presagiando muerte. No lucía ahora en sus labios aquella media sonrisa que Lou viera, sino que estaban doblados en una mueca rabiosa. Disparó sobre Markett sin más preámbulos, haciendo caso omiso del otro pistolero. Su bala sólo rozó la piel del tahúr, cuando éste se arrojaba al suelo.

Con una rapidez fulminante, Rex apretó el gatillo otra vez… y ésta sobre seguro. Pero el martillo golpeó sobre vacío; no había ya más balas en aquel revólver.

Con una imprecación, Rex soltó al hombre que le servía de escudo. Fracciones de segundo le bastaron para ver cómo Suzy huía hacia los límites del rancho y para saltar hacia la puertecilla de la bodega. Se pegó de espaldas a una pared húmeda, llena de salitre.

Tanteando los barriles, llegó hasta el fondo. Notaba en sus manos un sudor frío, que las hacía resbalar sobre la madera. Telas

de araña color ceniza se balanceaban en el techo, entre la penumbra.

Alguien disparó desde fuera dos veces. Las balas agujerearon un barril, que empezó a derramar su contenido. Rex Haley, sin armas y en aquel reducto de apenas cien pies cuadrados, se sintió perdido.

Irina, entretanto, era acometida por un temblor tan intenso que desfiguraba su rostro. Con los labios apretados, los ojos entrecerrados por el odio, avanzó lentamente hacia uno de los pistoleros que matara Suzy. Este aún tenía un revólver junto a su cara deshecha. Inclinándose, lo recogió. Markett y su único compinche estaban ahora pegados uno a cada lado de la puertecilla, atentos solos a los movimientos de Rex en el interior. Desde el lugar en que se hallaba, pequeña elevación sobre la bodega, Irina hizo voltear el revólver, que cayó en el interior.

Una mueca de asombro indescriptible se marcó en el rostro de Markett al mirar hacia arriba. Sus facciones blancas y crueles parecieron hacerse más largas, al entreabrírsele la boca, hasta que la mandíbula inferior la cerró con un chasquido. Había tanto odio en su expresión, que Irina sintió desvanecerse todo su valor. Echó a correr hacia la casa a toda la velocidad que sus piernas le permitían. Oyó tras ella una especie de rugido. Jadeando, ya dentro de la pieza, se dejó caer junto a Pat, que seguía tendido en el suelo.

Al ver a Irina trató de incorporarse con una expresión de inquietud.

—¡Saca tu revólver, Pat! ¡Van a matarme! ¡Van…!

Pat Skilt desenfundó su arma con la mano izquierda, pues jamás volvería a mover con rapidez los dedos de su derecha. Hubo en su ademán una especie de rabiosa desesperación. Con los dientes apretados fue a hacer fuego, cuando la sombra ancha de Markett se proyectó sobre él. Pero un balazo le dejó la mano tiesa, mientras se le enturbiaban los ojos.

—¡Markett…! —rugió.

Ningún efecto produce en un granuja oír su nombre pronunciado por la víctima a la que va a sacrificar. Con los labios separados, mostrando los dientes, Markett hizo fuego dos veces más, y ahora sobre la cabeza de Pat. Como había hecho con Hillary y con el juez Slump.

Irina recibió salpicaduras de sangre en el rostro. Sus blancas

facciones quedaron marcadas con puntitos rojos. Y su mirada serena y tranquila ascendió hacia Markett, hacia el revólver que ahora la apuntaba a ella.

Los labios del tahúr se entreabrieron más, en diabólica sonrisa.

—Debiste haberte casado conmigo, nena. Siempre me gustaste. Pero era poco para ti el dueño de un saloon de mala fama. ¡Estúpida! En el fondo has obrado según los dictados de mi voluntad. Nunca sospechaste que yo maté al viejo Wills para robarle. ¿De dónde, sino, obtuve el dinero para fundar mi establecimiento? Al contrario, creíste en la culpabilidad de Haley. Como también al ser muertos Hillary y el juez Slump. Hasta te aliaste conmigo por creerme incapaz de hacer una cosa así. ¡Te aliaste conmigo, que estaba esperando la hora de matar a Pat!

Sus dientes se abrieron ahora en una carcajada. Irina sintió que temblaban sus piernas.

—Pero Markett no quiere nada contra ti, nena. Dame un beso.

Se inclinó sobre ella, sin bajar el revólver. Irina vio muy cerca su rostro albino, sus labios casi exangües, pero no le rehusó. Estaba viva, y si podía dominar a aquel hombre con su belleza, todavía tendría ocasión de destruirle. La mujer fría y calculadora que había en ella, apareció aún en ese trágico momento. Se cerraron sus ojos para no ver. Sintió en los suyos aquellos labios.

Markett hizo fuego. Disparó besándola.

Sin un gemido, con los ojos todavía cerrados, Irina, que estaba sentada en el suelo, cayó hacia atrás. Markett se levantó. Brillaban sus facciones. Dos disparos retumbaron entonces junto a la puertecilla de la bodega.

«Rex Haley está listo» —pensó.

Alguien se acercó corriendo a la casa. Reconoció los pasos de Lur, el herido. Markett salió a recibirle, y vio que se tambaleaba.

Le ocurría algo muy extraño a Lur. Era el hombre, con quien Rex se protegiera, y al que el mismo Markett hirió ligeramente. Pero lo había herido en un brazo, lo recordaba bien. ¡Y ahora el pecho de Lur manaba sangre!

—Haley… —comenzó.

—¡Habla! ¿Qué ocurre con ese condenado? ¿Dónde está Bill?

—Le cazó… desde el interior de la bodega. Su cabeza… está atravesada. Como mi pecho.

Cayó pesadamente a los pies de Markett, sin fuerzas para pronunciar una palabra más. Su último gesto consistió en arañar la tierra.

Con las facciones desencajadas por el terror, Markett salió de la casa. Ahora estaban solos Rex y él. Ahora estaba solo para ver aquellos ojos de Rex, donde más de una vez había leído su propia muerte.

Apenas salió, dos mujeres ya viejas entraron en la cabaña, arrodillándose junto a Irina. Esta tenía los ojos entreabiertos, pero no parecía mirar a ningún sitio.

—Lo hemos oído todo, miss Wanders… Lo diremos todo… Diremos que ese hombre es un asesino.

Hablaban con el acento de los téjanos del sur, y sus ojos estaban impregnados de lágrimas.

Un instante después entró Suzy, que había dado una vuelta por el lado oeste del rancho para desorientar a sus enemigos. Al ver a Irina en aquella situación se arrodilló también, levantándole la cabeza.

—Rex… —dijo ella—. Rex…

Suzy sintió un terrible impulso de piedad en su interior, abrazando contra su pecho aquella cabeza tan martirizada como hermosa. El solo nombre del que ambas habían amado, pareció unirlas en aquel último minuto como toda una vida de anhelos comunes, de amistad. Casi junto a su piel oyó las últimas palabras de Irina:

—Dile… que lamento… todo. Y que me perdone.

Un leve estremecimiento de aquella cabeza indicó a Suzy que todo había terminado. Sus ojos rodaron entonces por la habitación, por las sillas medio derribadas, y se alzaron inquietos al ver proyectarse en el suelo una sombra. Temió por fracciones de segundo que fuese Markett. Pero era Rex.

Debía de haber oído aquellas palabras. Su rostro estaba pálido y en él resaltaba más el rojo de la sangre. Sus puños estaban cerrados con tanta fuerza, que en ellos se marcaban los huesos.

Dio media vuelta, saliendo. Tenía dos revólveres en sus manos.

Ligeramente inclinado, dio la vuelta a la casa, sin hallar rastro de Markett, Buscó entonces los caballos, porque supo que el fugitivo los buscaría también. Bajo una techumbre de cañas, a lo lejos,

estaban atados. Y, en efecto, vio cómo el tahúr se deslizaba sobre la tierra irregular, poco a poco, buscando pasar inadvertido.

La voz de Rex sonó fuerte, insolentemente:

—¡Markett, ponte en pie!

Al sentirse descubierto, el tahúr lanzó un gemido de rabia. Se enderezó, y quiso hacer fuego. Rex, con una especie de carcajada gutural, le envió el primer balazo a la altura de la clavícula. El segundo alcanzó a Markett en el plexo solar.

Lentamente, Rex se aproximó a él. Tenía los labios crispados en una mueca de desprecio. Vio que Markett vivía aún, y que le miraba avanzar con ojos aterrorizados. Lenta, ominosamente, Rex se colocó junto a él, y bajó un poco su espuela derecha. De un seco taconazo hundió toda la rueda en el cráneo de Markett, que lanzó su último aullido. Luego se desprendió de ella, dejándola en la herida. La espuela mexicana quedó empotrada en la cabeza de Markett, como un trágico trofeo.

Liberó dos de los caballos, montanto uno y acercándose con el otro a la puerta de la casa. Suzy y una de las mujeres le esperaban allí. Con la derecha, Rex ayudó a montar a la muchacha.

—Vámonos de esta tierra, Suzy.

Con los ojos siguió la muchacha el movimiento de la cabeza de Rex, vuelta hacia la puerta, como si aún esperase ver por última vez a Irina. Las facciones del hombre reflejaban una inmensa compasión. Hasta que volvió de repente la cabeza, como si dijese adiós a su pasado, a toda su vida anterior.

—Los hombres del rancho estaban ocultos, Rex. Todos han visto lo ocurrido. Y hay dos mujeres que escucharon las palabras de Markett cuando dijo a Irina, antes de matarla, que él había asesinado a Wills, a Hillary y al juez Slump. Su declaración te servirá para recuperar lo que fue tuyo. ¿Quieres que volvamos a Massel?

Rex denegó con la cabeza. Su movimiento fue muy leve, casi imperceptible.

—Aquella tierra ha sido regada con demasiada sangre. Y no es eso lo que yo quería al venir. Regresaré a California… acompañado si tú quieres.

Ella sonrió, acercando su caballo al del hombre. Relucían al sol sus ojos claros, sus hermosas trenzas negras. Al salir del rancho

vieron las casas de Massel, sobre las que descansaba el sol. Rex se volvió hacia Suzy.

—Gracias. Me salvaste la vida por segunda vez.

—Y tú a mí, Rex. Te seguí hasta la población, y al pasar frente al local de Markett tuve una corazonada. No me fue difícil entrar en él, pues todos me conocían, y muchos aún no sabían que ya no trabajaba allí. Registré todo, hasta encontrar la camisa y el pañuelo. Entonces me apoderé de uno de sus revólveres.

Calló para mirar al joven. Y en aquel momento fue como sí no hubiesen transcurrido aquellos cuatro años. Como si él jamás hubiera salido de allí para vagar como un proscrito por todo el Oeste. Sus mejillas se encendieron de dicha.

Miraron por última vez los tejados de la población. Atardecía sobre Massel. Y el sol, al declinar sobre ellos, hacía sus sombras más alargadas, más estilizadas… más juntas.

FIN